

ARMAS Y LETRAS

ARTE · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPOS · CURIOSIDADES ·
— VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS —

HEMEROTECA
MUNICIPAL



DIRECTOR - PROPIETARIO —
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

NÚMERO 38
PRECIO: 60 CÉNTIMOS

Ayuntamiento de Madrid

INTERESANTE

Por convenio con la Casa

ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica

fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

Los suscriptores de ARMAS Y LETRAS

pueden adquirir a plazos por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

Precio, 40 pesetas.

Pagaderas en seis plazos, el primero de 10 pesetas y los restantes de 6 pesetas.

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.



En lo sucesivo no tendrá usted que recurrir a mil
distintos libros cuando tenga que realizar algún
::: trabajo sobre ciencias y artes militares :::

Toda la labor la encontrará
hecha, ordenada y agradable-
mente presentada en el nuevo



DICCIONARIO MILITAR

ENCICLOPEDIA ILUSTRADA DE CIENCIAS MILITARES

Ensayos críticos y recopilación por
VICENTE VALERO DE BERNABÉ,
— Capitán de infantería —

Magnífica obra que se publica lujosamente editada y con grabados interesantes que avaloran las exposiciones. El completo de la obra formará aproximadamente CUATRO HERMOSOS TOMOS de 1.000 páginas cada uno. Más de 3.000 grabados intercalados en el texto. Es una obra seria y amena, y por sus condiciones el consultor indispensable de todo el que tenga que tratar o estudiar asuntos militares. Para que esta espléndida edición se ponga al alcance de todos, la publicación se hace por cuadernos semanales, al precio de CINCUENTA CENTIMOS cuaderno.

Como nuestra edición es forzosamente limitada y el valor de la obra no permite ampliaciones de edición, si quiere usted asegurarse la posesión de tan interesante libro envíenos cuanto antes la noticia de su suscripción.

CUATRO CUADERNOS MENSUALES, 2 PTS. AL MES

El DICCIONARIO MILITAR de Valero de Bernabé será la obra fundamental de Ciencia y Arte militar que se haya producido en la presente época.

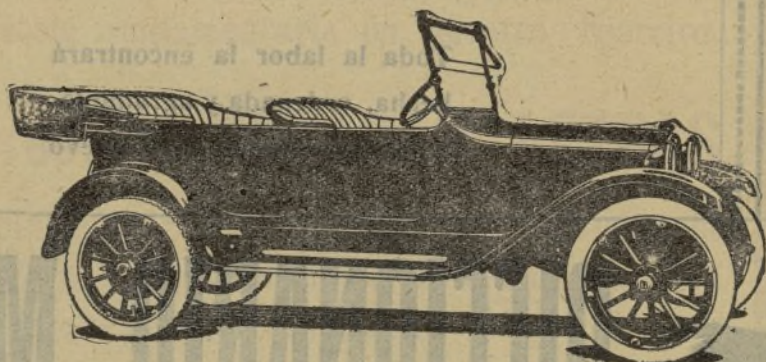
AUTOMÓVILES DODGE BROTHERS

AGENCIA
Auto - Tracción
(S. A.)

Garage

Talleres

Exposición



Martínez Campos, 49

MADRID

Teléfono J-80



Gran almacén de perfumería LA FLORIDA

De EUGENIO SARRÁ :: Ventas al por mayor y menor

Teléfono A 2231 RONDA SAN PEDRO, 7 Apartado Correos 239
BARCELONA

ASMA, BRONQUITIS CRÓNICAS

y demás enfermedades del aparato respiratorio, se combaten con las

GOTAS HELENIANAS BATLLE

(A BASE DE CLORURO DE HEROÍNA Y HELENINA AL 1 POR 100)

Adoptadas y recomendadas por los Dispensarios Antituberculosos de Bilbao, Cataluña, Zaragoza, Coruña, Oviedo, San Sebastián, etc., y empleadas en el hospital clínico facultativo de Barcelona.

De venta en todas las farmacias de España.

Depósito general: E. SARRA, Ronda de San Pedro, 7, LA FLORIDA

EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charretteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar

GORRAS Y EFFECTOS MILITARES

ADOLFO LÓPEZ

Cuesta del Alcázar, 12.—TOLEDO

La Casa más económica en su clase.—Últimos modelos en gorras y roses.—Se hacen exportaciones a provincias.

SASTRERIA DOMINGUEZ

Cuesta del Alcázar, 14.—TOLEDO

NOTA DE PRECIOS

Pza.		Pza.	
Capote paño 1. ^a	150	Uniforme kaki de estambre	
Capota paño o estambre.....	200	y gabardina con pantalón y calza.....	30
Pelliza de 1. ^a , ozo de id. 120		idem id. de drill, con id.	70
Impermeable gabardina con gabán y capota separada.....	225	Volver pelliza con todos los avíos y dorados.....	70
Guertera de paño o estambre.....	120	Idem y guerrera con id. id.	50
Pantalón Rey con franja seda.....	80	Poner cuello y vueltas con estribos y soutache.....	17

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del Ejército, o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, anúnciese en **ARMAS Y LETRAS** y verá prosperar su negocio. Pida tarifas y presupuestos.



No soy ni sombra de lo que fui,
la juventud renace en mí,
Con PECA CURA lo conseguí.

Jabón, 150. Crema, 2,50. Polvos, 250. Agua Cutánea, 5,50. Agua de Colonia, 3,50, 6,10 y 16 pesetas, según frasco. Loción para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco.

ULTIMAS CREACIONES

Productos serie «IDEAL»

Acacia, Mimosa, Ginesta, Rosa de Jericó, Admirable Matinal, Chipre, Rocio, Flor, Rosa, Vértigo, Clavel, Muguet, Violeta, Jazmín.

Jabón, 3. Polvos, 4. Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo 18 pesetas. Frasco con estuche.

CORTES HERMANOS, SARRIÁ (BARCELONA)

IMPORTANTE

Rogamos encarecidamente a nuestros suscriptores a quienes se les pasa cargo por la Caja Central, acepten el pago de la suscripción por trimestres, arreglo necesario para la buena marcha de la Administración de la Revista, en la nueva forma de periodicidad quincenal, importante mejora que en obsequio a nuestros suscriptores hemos implantado.

EL SILENCIO...I

(¿...?)

A mis compañeros de la 28.ª promoción de Infantería.

A todos me dirijo, porque a todos corresponde por igual rendir homenaje al héroe, al compañero; somos nosotros quienes por el hecho de no debernos a nosotros mismos, debemos llamar a las puertas del corazón de aquellos a quienes nos debemos en demanda de concurso, innegable, para lo que es de justicia hacer.

No es caso de relatar episodios, por todos conocidos, y como dentro de muy poco se sabrán mas detalladamente, por hoy nos desligamos de ese compromiso, pero sin olvidar lo que, repito, no han de ser tantos los días que no llegue el prefijado para que salga a la luz clara del día esa verdad palpitante parasitaria de los indeterminismos del misterio.

Julio Leompart, el que para siempre ha inmortalizado su nombre en la histórica Alcazaba de Zeluán—donde un puñado de españoles, faltas de víveres, alimentábanse de ese maná sagrado conque nuestras sabias ordenanzas fortalecen el espíritu de los soldados de la Patria elaborando férrea disciplina y esa educación especial de la voluntad que supera al instinto de conservación que los convierte en héroes—va a hacer un año que se ignora su paradero. Muerto no es oficialmente ¡y quien sabe si ante Dios será ya su alma! ¡o quien sabe, si viviera...! Versiones hay muchas, y todas diferentes; porque claro ¡en una tempestad de dolores es inútil buscar un dolor, como inútil sería en el mar borrascoso señalar una

gota de agua!; pero ya que no hay medio alguno de distinguirlo porque no aparece, ni de buscarle porque no se le encuentra, vayamos a la Idea:

Julio, en la esencia Valor, Abnegación, Heroísmo es quien nos interesa y esa imagen viviente en nuestra conciencia, con tan bello colorido existe formando una idea completa, hay razones que nos lo afirman. Veamos cuales. Encontrándose en Zeluán, haciendo compañía a su padre, el día del desastre, al conocerse allí la magnitud de lo sucedido, fué ordenado por éste a trasladarse a Melilla con otro hermano menor (q. e. p. d.), Juanito, con objeto de evitar mayores males; pero Julio razonó la situación y entonces con gesto digno y respetuoso, con la acostumbrada humildad en sus acciones y dulzura en la palabra repuso: «Papá, Juanito puede marcharse, es pequeño, yo no debo marcharme, no se muere más que una vez y nada mejor que morir por la patria». A un militar no podía pasarle inadvertida aquella respuesta llena de amor y entusiasmo. Por grande que fuera el amor paternal se alzaba ante sus ojos un amor doblemente inmenso: el amor a la Patria, y entonces cedió. Desde este mismo instante Julio caminaba en alas del heroísmo. Los que se encontraban en mejores condiciones aquellos días fantasmales, crueles, llenas de amargura, saben el valor que tienen estas palabras, cuando temblando de emoción y de espanto todos nos sentíamos rodeados de un ambiente enrarecido; la derrota sonaba en nuestros oídos como un aullido seguido de mil aullidos, eran esas horas que se perciben en la conciencia la soledad de muchos

en compañía, el valor en lucha fraticida con el miedo, mil valores positivos contra mil negativos, lucha antagonista entre el deber de luchar y la imposibilidad de vencer, espantoso cuadro donde cada personaje llevamos en el semblante una mueca de agotamiento anunciando un gesto de virilidad.

Algunos dudaron si Julio contraía un compromiso filial queriendo correr la suerte de su padre; pero aun siendo compatible en tales circunstancias el amor a la Patria y al padre puesto que en sus paralelismos ambos marchaban encaminados hacia el mismo ideal común, lo rechazamos él no dijo me quedo contigo suceda lo que suceda, Julio al mandato de su padre reflexionó en primer término que un militar, y él ya se consideraba como tal, puesto que había prestado juramento a la bandera, no debía huír ante el peligro; le conocíamos muy afondo para saber como pensaba, no obstante lo dicho por algunos de los que han logrado salvarse que así lo afirman.

Durante el sitio luchó siempre con entusiasmo como de los más tenaces defensores, nunca se le vió abatido y desde las barbetas de la Alcazaba se le veía siempre hacer fuego desafiando el peligro. (Versión de un policía indígena).

Y ahora me pregunto ¿que hacemos sin demostrar que sentimos el deseo de reconocer sus virtudes? Una cosa podía detenernos y es, saber si vive; pero de todos modos, vivo o muerto ¿no es héroe? ¿a que dudarlo! ¿que nos detiene?

Siquiera una misa, porque lo veamos; pero algo, al menos demostrando que no le abandonamos en el pensamiento,

que rogamos a Dios por él.

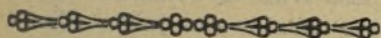
Y otro punto a tocar. Al año se le borraré de las listas como si tal nombre no hubiese existido, su nombre morirá en los archivos como esos viejos expedientes carcomidos sobre los que se posa la mirada indiferentemente como lo haríamos sobre ruinas de algún edificio sin historia y eso no puede ser, no debe ser, porque Julio llena páginas de nuestra historia, porque luchó; ¡y quién sabe si víctima de enseñamiento después de luchar, agotado en el combate, desgarrado por los chacales y quemado por ese sol fenético africano, de ardiente poderío se había extinguido para siempre, en aras de la patria.

Julio Leompart debe figurar eternamente como el más antiguo de los alumnos de esta Academia, y por ser héroe como abanderado espiritualizado de ella.

Oremos unidos por Julio Inmortal,
Oremos piadosos, vayamos a Dios,
que símbolo hermoso de bello ideal
conchita, sumiso, amor es a Dios

ANTONIO F. GÓMEZ MARTÍNEZ

Alumno de Infantería



BAILÉN

Hay en este mes de Julio una fecha indeleble, la del día 19, que nos hace volver la vista al pasado, lo que es en ésta ocasión mirar también al porvenir. Esta fecha, marcada en nuestra Historia con caracteres de fuego, está asimismo de tal modo para muchos españoles, grabada en el corazón, que al llegar ese día, que es el aniversario de otro inolvidable, no es preciso que nadie nos lo recuerde para que en nuestros labios surja como

una flor gloriosa el nombre de la epopeya: ¡Bailén!

No hay situación angustiosa, amargura presente que no tenga en la Historia una página consoladora; el recuerdo de un conflicto análogo, a veces idéntico, en que las fuerzas espirituales de la Nación, esas fuerzas vibrantes e invisibles que laten en las entrañas de la tierra nuestra y se agitan en las venas de los que en ella nacimos, y se funden en los átomos del aire, y crujen y estallan cuando es preciso, de todos los ámbitos del país, todo eso que hemos dado en llamar «el alma de la Raza», y que es fuego, sangre y luz, se ha impuesto triunfador en los momentos supremos.

Ninguna prueba tan magnífica de esta fuerza que el recuerdo del 19 de Julio de 1908, poco más de dos meses después de estallar en Madrid el grito de Independencia, ante los muros ensangrentados de Montealeón.

No habían aún aparecido en nuestro suelo los soldados ingleses y lusitanos, que vinieron después en nuestra ayuda; ni siquiera se contaba todavía con su decidido auxilio; no había habido tampoco una victoria de las tropas nacionales, que levantarán su espíritu.

Y sobre todo esto, como si no fuera bastante para hacer bien desigual la situación, los Ejércitos de la Patria invadida, aquellas multitudes armadas que mandaba el glorioso Castaños, eran pintorescas tropas formadas por gentes de todas clases, pues aparte algunos regimientos veteranos—Irlanda, Farnesio, Ordenes, La Corona, (ambos felizmente resucitados) y los aguerridos artilleros del Real Cuerpo, el resto eran partidas heterogeneas, uniforma-

das de un modo fantástico, desconocedoras del arte de la guerra y mandadas por jefes no mucho más espertos, amén de los oficiales que el Gobierno de Madrid incorporaba a las tropas francesas, y que se unían a las partidas guerrilleras a la primera ocasión, prefiriendo formar en aquellos grupos, a convertirse en traidores.

Frente a estas fuerzas españolas el imperio presentaba las legiones invencibles del Gran Ejército, los soldados de la Guardia Imperial y la espada de Dupont, aureoladas de recientes victorias, embriagados todos con el recuerdo de los triunfos sobre la Europa entera, orgullo que inspiró a Dupont al salir de Toledo, la frase de que: «comenzaban un paseo triunfal».

Sin embargo, al llegar a Bailén, la marcha triunfal se trocó en formidable derrota y dolorosa capitulación ante el Ejército «insurgente» de Castaños. Los soldados vencedores del mundo desfilaban ante los españoles, humillando en tierra las banderas que habían paseado por Europa, rindiendo aquellas armas cuyo brillo aterraba a los pueblos.

Desde entonces la guerra de la Independencia experimentó muchas alternativas. Sangrientas y gloriosas derrotas—Rioseco, Ocaña—alternaron con las victorias que dieron finalmente el triunfo a nuestra causa; pero Bailén fué la base y el impulso de la obra nacional, como el Dos de Mayo había sido la señal de la rebelión. España tomó desde aquel día confianza en sus propias fuerzas, Francia, sacudida del sueño de locura en que vivía, miró con espanto la barrera inesperada que surgía en su camino

y el Universo entero, volviéndose hacia el rincón de Europa donde acababa de resplandecer tal aurora, empezó a contemplar con menos terror al coloso del siglo.

Napoleón había sido vencido; es decir, ¡podía ser vencido! La espada centelleante de Fena y Austerlitz, se había mellado al intentar herir el corazón de España,

¿Cómo se logró esto, sin embargo? He aquí lo grandioso, lo sublime. Todo esto se consiguió de un modo súbito, prodigioso; todo surgió del esfuerzo sobrehumano de la Nación escarnecida.

Recordemos el pasado. Ahora y siempre, este pasado nuestro, tan grande y tan hermoso, es como una antorcha que ilumina el camino del futuro; no es preciso volver atrás la cabeza para ver el resplandor que su gloria proyecta en nuestra ruta; no es preciso volver atrás los pasos para comprender el ejemplo que su recuerdo presenta en nuestra marcha.

Los pueblos pueden y deben evocar el glorioso pasado sin detenerse ni vacilar un instante en su avance hacia el progreso; pero la luz de esas antorchas inmortales, crece y se idealiza conforme aumenta la distancia, y su claridad guía a los pueblos a través de las tinieblas.

Recordando las fechas gloriosas de nuestra Historia, nosotros encontramos eternamente iluminado el eterno sendero; y a lo lejos, como una aurora de triunfo, se levanta el porvenir.

PILAR ZAMORA

LOS DRAMAS DEL ESPIONAJE

Con motivo del asunto de la muerte del inglés Lefevre, la gente se interesa por la vida de esas mujeres brillantes que parece ser las investigadoras de una porción de delitos sobre el espionaje.

Son verdaderamente notables los ardides de las aventureras que viven del robo de secretos de Estado. En los últimos años antes de la guerra europea ocurrieron varios casos que demuestran el importante papel que desempeñan las mujeres en el llamado servicio secreto, por no llamarlo servicio de espionaje, de todas las naciones. Se registró un caso muy notable en Shoeburiness. A pocos kilómetros de dicho punto, en Southend, se estableció una institutriz alemana diciendo que se dedicaba a dar lecciones a domicilio. Con este pretexto salía y entraba constantemente. Luego empezó a hacer visitas periódicas a Shoeburyness donde trabó conocimiento con un joven oficial de marina.

El marino la trató unas cuantas semanas, pero el interés que demostraba su nueva amiga por todo lo referente a los cañones y asuntos navales le despertó ciertas sospechas que fueron confirmadas cuando al fin le declaró francamente que podía ganarse una buena cantidad si la proporcionaba ciertos planos. El marino dió cuenta de la oferta a sus superiores y las autoridades convencieron a la alemana de que la probaban mal los aires de Inglaterra y de que debía regresar a su patria.

En esto de los espías no tienen nada que echarse en cara unas naciones a otras, porque todas se valen de centenares

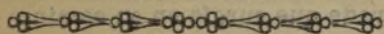
de agentes para robar secretos de guerra a sus vecinas.

A los espías se les facilita todo el dinero que necesitan, pero no pueden pedir auxilio al gobierno de que dependen en caso de ser descubiertos. Sólo con esta condición se les admiten a sus servicios.

Las mujeres son muy útiles para el espionaje. Esto lo reconocen todos los generales. Lord Wolseley afirma en un «Libro de bolsillo del militar», publicado por él, que a las espías se les debe pagar liberalmente y recompensar con esplendidez cuando proporcionan datos verdaderamente valiosos. Durante la guerra anglo-boer los ingleses emplearon muchas espías. Disfrazadas de enfermeras en los hospitales ejercían sus artes de fascinación sobre los boers heridos y prisioneros y así adquirían datos y noticias de gran interés.

Breve, expeditivo y cruel fué el castigo que se impuso a una joven rusa, perteneciente a una de las principales familias de San Petersburgo, que durante la guerra ruso-japonesa trató de sonsacar secretos navales a un joven oficial japonés, en la Manchuria, que había caído víctima de la fascinación de la rusa.

Olvidando toda lealtad y patriotismo, el oficial se avino a proporcionarle ciertos planos y datos concernientes a la artillería y a los movimientos del ejército y de la marina de su patria, pero sus intenciones fueron delatadas por un compañero suyo que sospechó lo que iba a hacer, y el resultado fué que tanto la joven como el oficial desaparecieron misteriosamente un día y no se ha vuelto a saber de ellos. Su suerte es fácil presumir.



Hace algún tiempo fué juzgada en Tolon (Francia) otra joven llamada Juana Renée, alias Bourg, por el delito de haber inducido a ciertos oficiales de marina a revelar secretos referentes a los submarinos franceses, secretos que pensaba vender a una potencia extranjera. La joven, pues sólo contaba veintiún años, era esclava del opio y hallándose en un fumadero de Tolon trató por primera vez de sobornar, para que fuera su cómplice, a un mecánico naval llamado Jullien, empleado en los arsenales. Jullien la delató y fué arrestada.

En Kiel (Alemania), fué detenida una mujer joven y bonita apellidada Peterson, por sospechas de ser espía francesa. Fingiéndose profesora de lenguas entabló relaciones con un oficial llamado Dietrich, con el propósito de inducirle a que le revelase importantes secretos navales alemanes y llegó a embojar de tal modo al joven que se descubrió el delito cuando estaba a punto de entregarla la fórmula de la pólvora sin humo alemana, y la situación de las minas submarinas del puerto. Las autoridades desconfiaron de aquella mujer por la abundancia de dinero que tenía siempre a su disposición.

Famoso es el caso de la Bella Lison que fascinó al oficial francés Ulmo, el cual vendió algunos secretos de su país a una potencia extranjera, para sacar dinero con que satisfacer los caprichos de aquella mujer.

Ulmo fué descubierto y juzgado, y el testigo más importante de cargo fué precisamente la mujer que le había arruinado. Ulmo fué sentenciado a cadena perpetua.

LA TINTA CHINA

La mayor parte de la tinta china legítima se fabrica realmente en China, principalmente en Ankin, población situada en el valle del Yang-Tsé, desde cuyo punto se exportan a Shangai de dos a tres toneladas cada año, que valen según su calidad, pues hay doce diferentes, de cinco a trescientos ochenta francos el kilogramo.

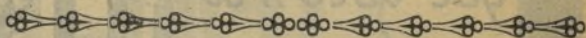
El negro de humo que constituye la primera materia de la fabricación se obtiene quemando una mezcla de aceite, grasa de cerdo y barniz. El aceite suele ser de sésamo o de colza o del que se extrae de una planta especial del país.

Obtenido el negro de humo, se aglomera con una materia aglutinante para formar una pasta que se

machaca sobre tajos de madera con martillos de acero.

El olor característico de la tinta china, proviene del almizcle o del alcanfor que se le agrega en pequeña cantidad al componerla, y sus reflejos metálicos son debidos a las partículas de oro que se incorporan a la masa.

Una vez preparada la pasta se le da la forma conveniente en moldes de madera, y se pone a secar. Un kilo de tinta china puede dar de 70 a 80 barras de dimensiones regulares.



SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,
Papeletas del Monte,
Oro, Plata,
Relojos de buenas marcas,
Antigüedades,
Pianos, Autopianos,
Escopetas,
Máquinas fotográficas,
Gramófonos,
Máquinas de escribir,
Prismáticos
y cualquier objeto de valor.

HORTALEZA, 9

TELEFONO 53-51

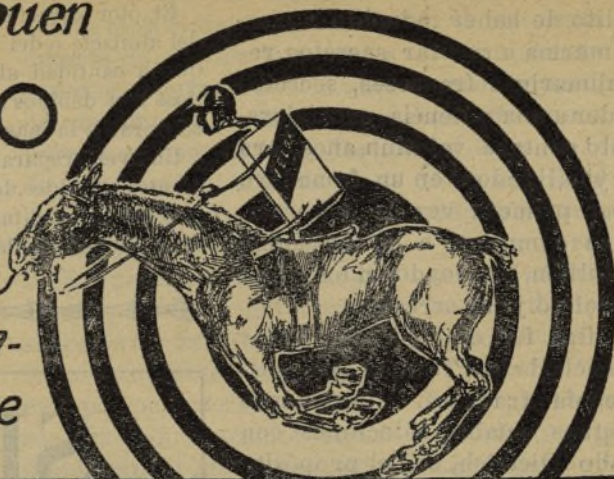
ARTÍCULOS DE OCASIÓN

un buen jinete

hace un buen

Caballo

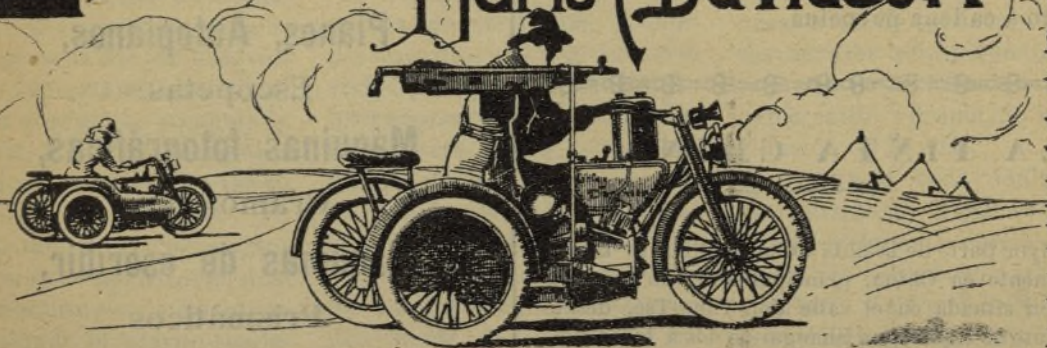
*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



**Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata**



LA MOTOCICLETA MILITAR
es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA
J.A. DE LANDALUCE
MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid

ARMAS Y LETRAS

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES ·
DEPORTES · LITERATURA · PASATIEMPOS ·
CURIOSIDADES · VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS

DIRECTOR-PROPIETARIO: VICENTE VALERO DE BERNABÉ

OFICINAS:
CALLE MAYOR, NÚM. 86
APARTADO DE CORREOS 888

AÑO III NÚM. 36
15 JULIO 1922

Precios de suscripción
Trimestre... 3,75 ptas.
Semestre... 7,50 »
Año..... 15,00 »

EXTRANJERO
Semestre... 12,00 ptas.

Administrador: JOSÉ VALERO DE BERNABÉ

SUMARIO

Del momento.—La fiesta nacional.
Escenas de Madrid.
Vulgarizaciones científicas.—El fin del dolor.
Genialidades de los sabios.—Cómo pueden medirse el olor y el sabor.
Del mundo de lo invisible.—Las comunicaciones interplanetarias y las comunicaciones del espíritu.
Españolería andante.
Automovilismo.—Consejos prácticos para la marcha silenciosa y perfecta del automóvil.
Con los alumnos de Infantería.
Página de arte.—Un tribunal moro.
Notas de Marruecos.—Reuerdo a los héroes.
Cuentos.—El barril de amontillado y Patria y Rey.
Poesías.—Annual y A los héroes sin nombre.
Novela.—Lazarillo español, por Ciro Bayo.
Variedades.
Actualidades, Entretenimientos, Anécdotas y Curiosidades.



❧ ❧ ❧ Burla, burlando... ❧ ❧ ❧

En la fiesta de los toros se palpa la animalidad aun no asistiendo a ella; el ambiente de la plaza se traslada a la calle, y apستا.

¿No habéis ido alguna vez por la calle de Alcalá arriba, cuando las turbas venían hacia abajo? ¿No habéis percibido el vaho de bestialidad hedionda? ¿No habéis oído a sangre derramada?

Pero reflexionemos. Este no es nuestro esilo. Nada de frases gruesas y epítetos transcendentales. Hablemos con calma.

No somos aficionados a eso que se llama la fiesta nacional; ni creemos que sea fiesta ni que sea nacional; pero respetuoso con todas las ideas—por algo somos conservadores—hablemos con respeto.

Cuando en nuestras andanzas por tierras extrañas la casualidad nos ha colocado ante un francés, un alemán o un britano y han querido ver reflejado en nuestras pupilas todo el entusiasmo que legendariamente lleva el español en las venas por el Arte de Cúchares, la decepción, la sorpresa y la duda han sido extraordinariamente cómicas:

—¿Pero, como, usted español, no va a los toros?

—No señor.

—¡¡Pero usted español!!

—Yo español y como yo la inmensa mayoría de los españoles, no vamos a los toros.

—¡Oh! No es posible. Es la fiesta nacional y entonces...

Entonces, hemos quedado como un embustero. Cualquiera convencia al galo, al germano o al hijo de la rubia Albión.

Sin embargo, *chez nous*, podemos decir esto. ¿Por qué es la fiesta nacional? ¿Por qué hay una plaza en cada esquina? No tanto; más escuelas hay que plazas y a pesar de ello, a nadie se le ocurriría la peregrina idea de creernos un pueblo alfabeto.

Son palabras; sólo palabras. Los que van a los toros a ver si hay *hule*—hule quiere decir sangre—

son los menos. Ciertó que alborotan por todos los que no van y por eso se crecen; pero en el alboroto de los aficionados a los toros no es todo entusiasmo, hay mucho de alcohol y ¡el alcohol es una cosa tan inflamable!

Cuando se ha discutido en el Parlamento la magna cuestión de si es la fiesta nacional o la vergüenza nacional, algún padre conscripto ha hablado del boxeo.

Ciertó que el boxeo es una bestialidad; pero el boxeo es a la colectividad lo que es al individuo un grano de primavera; sólo sale allí donde hay robustez y glóbulos rojos. Y nuestro pobre pueblo...

Indudablemente, somos retrógrados. Preferimos el circo romano. Allí no se engañaba a nadie: «César, el que va a morir te saluda». Y era verdad, raramente el César movía la mano en señal de gracia.

Aquéllo tenía una grandeza trágica que en vano puede ostentar nuestro coro taurino, heredero ilegítimo de la bestialidad del circo romano.

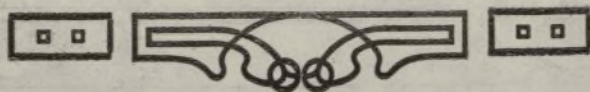
Además, el circo romano era el símbolo de la majestad del Imperio. ¿Qué simboliza la plaza?

La plaza simboliza el miedo. Miedo del espectador, que, ahito de vino y de coraje, llama cobarde al torero. ¡Cobarde tú, que estás a salvo del toro! Miedo del craso picador que, desprovisto de toda gallardía, hace como que quiere y no quiere. Miedo del diestro, airoso y gentil, que apenas presiente que el toro ha perdido su momentánea distracción, convierte el simiesco paseo en desordenada fuga...

Allí los únicos que dan una alta nota de seriedad, ¡oh, paradoja!, son la bestia feroz y el pobre caballero. El uno va a matar y mata; el otro—pobre infeliz—va a morir y muere.

Indudablemente, preferimos el circo romano: Salud, César.

ANTONIO DE GOLLURI





En la antigua catedral madrileña, resuenan las doce sonoras campanadas, y por las calles de los Estudios, Toledo y Duque de Alba, da principio el desfile de las clásicas modistas que a su casa marchan.

Frente a la estatua de Cascorro, y en la puerta de un bar, se dibuja claramente la figura de José «el botitas», que embozado en su pañosa bordada y casi tapados los ojos por la clásica gorrilla, aguarda impaciente la salida de Carmen, «la bonita», para convertirse en su escudero. Sentados en el suelo, unos albañiles saborean su dorado cocido, y en la esquina continúa el charlatán haciendo saltar a sus pájaros, en tanto que repite una y mil veces su discurso: «¿Quién por una perra chica no quiere saber su suerte y sino? ¡Los que tengan una herencia que cobrar, los que jueguen a la lotería!... Hay papeles para caballeros, señoras y niños... Vamos a ver, Periquito, sácale la suerte y sino a esta cocinera; dale cinco saltos al papelito: uno... dos... tres... ¿no le quieres dar más? A casa, sin filete.» Y el pobre animal regresa a su jaula sin haber hecho méritos bastantes para alcanzar el cañamón.

La figura graciosa y gentil de «la bonita», aparece al fin; marcha con garbo, haciendo resonar su rítmico taconeo y tapando su boca diminuta y linda con un mantón de pelo.

—¡Abur, princesa.

—¡Hola, charrán!

—Creí que no salías en to el día; gachó con la mena; diecisiete horas plantao en la puerta haciendo oposiciones a dejarte viuda, y tú sin salir.

—Es que ma entretenío la maestra.

—Claro. Como da la casualidad que a las 12 sube el señoritingo del segundo y sus encontráis en la escalera...

—Ya estamos como siempre, con tus celos ridículos y tontos.

—Lo que estamos es que al nene ese le hago yo abogao en cinco minutos, porque le van a enirar en la cabeza esa que paece una carroza tóos los libros de un golpe.

—Pos hijo, vienes tú hoy que como t'oiga Romanones te nombra diputao por derecho propio.

—¿Y si m'oye tu padre, que pué que m'oiga?

—Entonces sales derroiao, aunque esés comprendío en el artículo 29.

—¿Y a mí qué se me da? Si yo sé que esa flor delicá que Dios ta dao por cara, no es más que pa mi solapa izquierda; y que ese cuerpecito de princesa, que paece una señora de esas que ponen en los escaparates de las corseterías, es á vedao pa el público, hasta que cambie yo el cartel por: «Propiedad particular. Se prohíbe el paso.»

Y en animado diálogo continúan calle arriba, hasta llegar a la Plaza Mayor.

El señor Luis, padre de la tortolita, los detiene con un ademán poco cariñoso; separa a la chica y empieza la epístola:

—Pero, ¿es que yo no pinto ná en este asunto? ¿Es que el hijo de mi señora mamá, es una especie de cotorra que se cuelga de un clavo por no hacerla ni caso?

—Me permite V. decirle cuatro frases, señor Luis?

—Pero na más que cuatro, que yo soy perro viejo en la materia y no tolero pamplinas y frases dulces tomás al oído, de un disco de cualquier aparato parlante.

—Pos con su permiso, señor Luis. Yo no soy un Maura, ni siquiera Cambó, ni tengo servidores de calzón corto, ni un palacio en la Castellana, pongo por caso.

—Al grano, al grano.

—Es que tó en el mundo requiere su prólogo, señor.

—Pos sálate unas hojas y al desenlace.

—Continúo. Pos, como V. conoce, no tengo ná de eso, pero a cambio de ello, en la calle de la Ruda, uno y tres, tié V. una carpintería con todos los adelantos, excepción hecha del ascensor, que no nos hace falta por estar la vivienda en planta baja, que pongo a su disposición; unas perras en la caja postal, que también pongo a sus órdenes y un corazón...

—Que también...

—Quiá, no señor, ese no es pa V.; ese es pa ésta y tié mi nombre grabao; de forma que no le sirve a V. ni pa empeñarlo.

—Me hace mucha gracia el primer capítulo de tu novela, y lo tomo a groma porque sé que eres güeno; pero aun sois dos nenes que sus han destea antiayer y ese fuego guárdalo pa luego, que ahora se os va a acabar el carbón.

—Si le paece a V. lo guardaremos pa cuando Lerroux salga ministro ¡¡que va pa largo!!

—Mira, Pepe, con ese no te metas que eso no se lo tolero yo ni a mi madre.

—Bueno; pos perdón por el símil y duro con la garlopa, que quieo darle a V. un cepillao, que va a quedar como nuevo; ¿hacer un chupito en la tasca «El Pulpito»?

—Hace, pero que mucha falta, Pepillo.

Y ya acondicionados en el establecimiento, sigue «el botitas» perorando:

—Pos bien, señor Luis, si no tié V. por qué oponerse a ná, más que por ser dos nenes, como usted dice, cuando nos vea V. por la calle mu arrimaos y contentos, mire V. pa otro lao y diga: «Cosas de chicos», que dentro de unos meses, cuando venga V. a San Isidro con su capa nueva y un solitario que le voy a merca a V. el día de la petición y apadrino del enlace, se le va a caer a V. en forma de baba, toa la saliva que tié dentro; y cuando los días y los meses pasen y vea V. a un nieto más chulo que su padre y con toa la cara de su agüelo, se va a creer que el reparto social ha sío un hecho. Conque, ¿qué? ¿Hay permiso pa querernos? Piense V., señor Luis, que más joven era V. cuando hizo la rosca a la señá Ulalia y que se salió V. con la suya. ¿Qué hay?

—Que el undécimo mandamiento es no estorbar y que apuro ese trago y hasta otra. A la una y media en casa, tu chiquilla.

—Gracias, señor Luis,

—Un beso, padre.

Limpiando sus ojos sale el señor Luis de la taberna, y observándole, a poca distancia, «el Botitas» y Carmen «la bonita».



—¿Ves, mi ángel, como salía deputao?

Tu padre es bueno y no podía destrozar un corazón mu grande que he puesto en tí.

—¡¡So feo!!

—¡¡So negra!!

Y la pareja castiza de mis Madriles, se perdió calle arriba.



EL BARRIL DE AMONTILLADO

Por EDGARDO POE

Soporté cuanto pude las injusticias de Fortunato; pero cuando éstas llegaron hasta el insulto, juré vengarme. Vosotros, que conocéis mi alma, debéis suponer que de mi boca no salió la más ligera amenaza; a la larga había de vengarme; era cosa definitivamente resuelta; la más completa resolución alejaba de mí toda idea de peligro. Debía no sólo castigar, sino castigar impunemente. Una injuria no se venga cuando el castigo alcanza al desfaceador, ni se venga cuando el vengador tiene necesidad de hacerse conocer del que ha cometido la injuria.

Debo hacer constar que jamás dí a Fortunato motivo alguno para que dudase de mi buena fe, ni por mis acciones, ni por mis palabras. Continué, según costumbre, sonriéndole siempre, y él no comprendía, que mi sonrisa era la fórmula del pensamiento que yo de su inmolación abrigaba.

Fortunato, tenía un flaco por donde podía atacarse, aun cuando por todo lo demás era hombre respetable y aun temible. Se vanagloriaba de ser gran conocedor de vinos. Pocos italianos tienen el don de ser conocedores; su entusiasmo es casi siempre prestado, acomodado al tiempo y a la oportunidad: es un charlatanismo para explotar a los ingleses y austriacos millonarios. Igualmente en pinturas y piedras preciosas, Fortunato, como sus compatriotas era un charlatán; pero en materia de vinos añejos era sincero. Sobre este punto en nada me diferenciaba de él: yo me creía inteligente, y compraba partidas considerables siempre que podía.

Una noche, entre dos luces, a mitad de carnaval, encontré a mi amigo. Me saludó con íntima cordialidad, porque había bebido muchísimo. Mi hombre estaba de máscara. Vestía un traje ajustado de dos colores, y en la cabeza llevaba un gorro cónico, con campanillas y cascabeles. Tan feliz me juzgué al verle, que jamás creí que acababa de estrecharle la mano.

Díjeme:—Mi querido Fortunato, os encuentro en buena ocasión.—¡Qué magnífica facha hacéis con semejante traje!—Es el caso que acabo de recibir un barril de vino amontillado, o por lo menos por tal me lo han dado, y tengo mis dudas...

—¿Cómo—dijo—de amontillado? ¿Una pipa? —¡Imposible!—¡y a mitad de carnaval!

—Tengo mis dudas—reliqué—y he sido tan tonto que lo he pagado sin consultaros antes. No pude encontrarlos, y temí perder una ganga.

—¡Amontillado!

—Digo que dudo.

—¡Amontillado!

—Y puesto que estáis invitado a algo, voy a buscar a Luchesi. Si alguno hay que sea conocedor, es él. Él me dirá...

—Luchesi es incapaz de distinguir el amontillado del Jerez.

—Y, sin embargo, hay imbéciles que comparan sus conocimientos con los vuestros.

—Vamos allá.

—¿Dónde?

—A vuestras bodegas.

—Amigo mío, no; yo no quiero abusar de vuestra bondad. Sé que estáis invitado, Luchesi...

—Nada tengo que hacer. Marchemos.

—No, amigo mío, no. No es en la cosa nuestros quehaceres, sino el frío cruel que noto estáis sufriendo. Las bodegas son muy húmedas, como que están cubiertas de nitro.

—No importa; vamos. El frío nada supone. —¡Amontillado! ¡Os han engañado!—Y en cuanto a Luchesi, repito que es incapaz de distinguir el Jerez del amontillado.

Así charlando, Fortunato se cogió de mi brazo. Me puse una careta de seda negra, y embozándome en mi capa, me dejé llevar hasta mi palacio.

No había en él ni un solo criado: estaban todos haciendo los honores al Carnaval. Les había dicho que no volvería hasta bien entrado el día, y mandado que no dejasen sola la casa. Yo bien sabía que esta sola orden bastaba para que todos, sin excepción alguna, se largasen en cuanto yo volviese la espalda.

Tomé dos luces, di una a Fortunato, y nos dirigimos atravesando muchas piezas hasta el vestíbulo que a las cuevas conducía. Bajé delante de él la escalera, larga y tortuosa, volviendo varias veces la cabeza para advertirle que cuidase de no tropezar. Llegamos al fin, y juntos nos hallamos sobre el húmedo suelo de las catacumbas de Montresors.

El paso de mi amigo era vacilante, y las campanillas y cascabeles de su gorro, sonaban a cada uno de sus pasos.

—¿Y la pipa de amontillado?—dijo.

—Está más lejos—le dije—; mirad los blancos bordados que centellean sobre las paredes de estas cuevas.

Volvióse hacia mí y miróme con ojos vidriosos goteando lágrimas de embriaguez.

—¿El nitro?—preguntó por fin.

—El nitro—dije.—¿Desde cuándo tenéis esa tos?

—Euh, euh, euh. euh, euh.

Mi pobre amigo no pudo contestarme hasta después de algunos minutos.

—No es nada—dijo.

—Venid—dije secamente—, vamos fuera de aquí; vuestra salud es preciosa. Sois rico, respetado, admirado, querido; feliz, como yo en otro tiempo: sois un hombre que dejaría un vacío inocupable. Por mí nada importa. Vámonos; podríais caer enfermo. Además, Luchesi...

—Basta—dijo—; la tos no vale nada.—No me matará. Yo no he de morir de un constipado.

—Es verdad, es verdad—contesté—, y os aseguro

que no intento alarmaros inútilmente; pero debéis tomar algunas precauciones, un trago de Medoc os defenderá de la humedad.

Cogí una botella, de entre otras muchas que en larga fila allí cerca estaban enterradas, y la rompí el cuello.

—Bebed—dije—y le di el vino.

Acercó a los labios la botella, y me miró con el rabo del ojo. Hizo una pausa, me saludó familiarmente (sonaron las campanillas del gorro), y dijo:

—¡A la salud de los difuntos que a nuestro alrededor reposan!

—Yo a la vuestra.

Se agarró de mi brazo y seguimos adelante.

Centelleaban sus ojos por el vino, y los cascabeles y campanillas del gorro sonaban y sonaban. El Medoc había exaltado mis ideas. Habíamos llegado al medio de unas murallas de huesos mezclados con barricas, en lo más profundo de las catacumbas. Paréme de nuevo, y esta vez me tomé la libertad de coger del brazo a mi Fortunato, por más arriba del codo.

—El nitro—dije—ya veis que aumenta. Cuelga como el musgo a lo largo de las bóvedas. Estamos bajo el lecho del río. Las gotas de agua se filian a través de los huecos. Venid, vámonos, antes de que sea demasiado tarde. Vuestra tos...

—No es nada, continuemos.—Venga otro trago de Medoc.

—Rompí una botella de vino de Greve, y se la ofrecí. La bebió de un trago: Brillaron sus ojos, se rió, y arrojó al aire la botella haciendo un gesto que no pude comprender. Mirele con sorpresa, repitió el gesto, un gesto grotesco.

—¿No comprendéis?—me dijo.

—No—contesté.

—Entonces no sois de la logia.

—¿Qué?

—No sois francmasón.

—¡Sí, sí—dije—¡Sí, sí!

—¿Vos? ¡Imposible! ¿Vos masón?

—Sí masón,—le respondí.

—¿Un signo?—me dijo.

—Vedle—reliqué y saqué un palustre de debajo de los pliegues de mi capa.

—Queréis reiros—gritó—; y tambaleándose—vamos al amontillado—me dijo.

—Sea—contesté guardando mi herramienta y dándole el brazo.

Se apoyó pesadamente en él, y continuamos en busca de nuestro amontillado. Pasamos bajo una galería de arcos muy chatos; bajamos, dimos algunos pasos, y descendiendo más aún, llegamos a una



profunda cripta, donde la impureza del aire era tal, que en ella, más que brillaban, se enrojecían nuestras luces.

En el fondo, se descubría otra cripta más pequeña aún. Estaban revestidos los muros de resios humanos, apilados en la cueva a la manera que están en las grandes catacumbas de París. Del otro lado se habían derribado los huesos, y apiñados en el suelo formaban una muralla de alguna altura.

En el muro, escueto por la separación de los huesos, notamos otro nicho, profundo como de unos cuatro pies, de tres de largo y de siete u ocho de alto. No parecía hecho para un objeto dado, pues se formaba simplemente por el hueco que dejaban dos enormes pilares que sostenían las bóvedas de las catacumbas, y por uno de los muros de granito macizo, que limitaban su cabida.

En vano Fortunato, adelantando su mortuoria antorcha, luchaba por medir la profundidad del nicho. La luz se debilitaba y no nos permitía ver el fin.

—Avanzad—le dije—; ahí es donde está el amontillado.—Tocante a Luchesi...

—¡Es un ignorante!—interrumpió mi amigo andando de costado delante de mí mientras yo le seguía paso a paso.

En un momento llegó al fin del nicho y tropezando con la roca se paró estúpidamente absorto. Un instante después ya le había yo encadenado al granito.

Sobre la pared había dos grapas, a dos pies de distancia la una de la otra, en sentido horizontal. En una de ellas colgaba una cadena, de la otra un candado. Habiéndole colocado la cadena alrededor de la cintura, sujetarle era cosa de algunos segundos. Estaba muy asustado para oponer la menor resistencia. Cerré el candado, saqué la llave y retro-

cedí algunos pasos saliéndome del nicho.

—Pasad la mano por la pared—dije—; vos no podéis oler el nitro. Está sumamente húmedo. Permitidme una vez suplicaros que os vayáis.—¿No?—Entonces es preciso que os abandone; volveré inmediatamente para proporcionaros cuantos cuidados pueda.

—¡El amontillado!—gritaba mi amigo que aún no había vuelto de su espanto.

—Es cierto—contesté—, el amontillado.

Al decir estas palabras empujé la pila de huesos, de que ya he hablado, los arrojé a un lado y descubrí gran cantidad de piedras y de mortero. Con estos materiales y con mi palustre comencé a cerrar y murar la entrada del nicho, a hacer un tabique.

Casi no había colocado la primera hilada de piedras, cuando noté que la embriaguez de Fortunato se había disipado muchísimo. El primer indicio de ello fué un grito sordo, un gemido que salió del fondo del nicho. ¡Aquel no era el grito de un hombre borracho!

Después nada se oyó. Coloqué la segunda hilada, la tercera, la cuarta... y oí el ruido que producían violentas vibraciones de la cadena; este ruido duró algunos minutos, durante los cuales suspendí mi trabajo, y apoyándose sobre los huesos me estuve gozando en él. Cuando cesó, cogí de nuevo mi palustre, y sin interrupción acabé la quinta, sexta y séptima hilada. La pared llegaba ya a la altura de mis hombros. Me paré de nuevo, y levantando de nuevo las luces por encima de la pared, dirigí sus rayos al personaje allí incluído.

Grandes, agudos y dolorosos gritos lanzó el encadenado, y casi me tumbaron de espaldas. Durante un momento hasta temblé, me arrepentí. Saqué la espada y con ella comencé a abrir el nicho; pero

un instante de reflexión bastó para tranquilizarme. Me apoyé sobre el muro, respondí a los quejidos de mi hombre, los hice eco, los acompañé los ahogué con mi voz.

Eran las doce de la noche y mi trabajo se acababa. Terminé la octava, novena, y décima hilada. Concluí gran parte de la oncená y última; una sola piedra faltaba para acabar del todo mi tarea, y estaba ya ajustándola cuando sentí escaparse del fondo del nicho una risotada ahogada que me erizó el cabello. A las carcajadas siguió una voz lastimera, que reconocí difícilmente ser la del noble Fortunato. La voz decía:

¡Ha, ha, ha, he, he! ¡Chistosa broma, en verdad, excelente farsa! ¡Cuánto hemos de reírla en casa, he, he! ¡Nuestro buen vino, he, he, he!

—¡El amontillado!—dije.

—¡He, he! Sí, el amontillado. ¿Pero no se hace tarde ya? ¿No nos esperarán en mi palacio la señora Fortunato y los otros? Vámonos.

—Sí—dije—, vámonos.

—¡Por el amor de Dios, Montresors!

—Sí—contesté—, por el amor de Dios.

Y nada contestó: escuché y nada oí. Me impacienté. Le llamé a gritos: ¡Fortunato! y nada. Llamé de nuevo. ¡Fortunato! y nada. Meí una antorcha por el único agujero que el nicho tenía, y la dejé caer al fondo; oí ruido de cascabeles y campanillas. Me sentí malo, sin duda alguna por la humedad de las catacumbas. Era preciso concluir; hice un esfuerzo, tapé el agujero y le cubrí de cal.

Requiescat in pace.

GENEROSA OFRENDA

A la heroica memoria del alférez Villamide, muerto por la Patria el 17 de Mayo, en Side Felin (Larache).

Es la nube densa,
la que llega intensa;
la que en duelo torna,
la aurora feliz;
la temida sombra
que oculta misterios;
la torva agorera
de los infortunios;
la noche sin fin.

Compás de tragedia,
se cierne en la cumbre;
las águilas cruzan; se incendia
el confín; flotan en el aire,
torrentes de gloria;
crecen los clamores;
cunden los veloces
y heroicos destellos,
sobre los humildes;
sobre los audaces;
sobre los floridos
patrióticos, dones;
sobre el bravo canto

de los triunfadores,
y el tenaz anhelo,
de los elegidos.

La tragedia avanza,
se extiende, se ensancha;
fulgen sus vaivenes;
vibran sus fulgores.

Del héroe se escucha,
la voz afanosa,
que clama a la patria;
que busca en la gloria,
a la dama esquivada
del áureo ropaje;
a la estrella bella,
cuyos desposorios,
la fama pregona
con ecos sin par;
cantando el enlace
de sus elegidos,
sobre rojo libro, de brillo inmortal.

ABELARDO ARCE MAYORA

Las comunicaciones interplanetarias y las comunicaciones del espíritu

Es motivo de curiosidad para muchas gentes, y noble aspiración para los hombres de ciencia, llegar a establecer algún medio de comunicación con alguno de nuestros vecinos del cielo: con la bellísima Venus o con el enorme Marte.

Ante la relativa proximidad que va habiendo entre el último y la Tierra, se ha pensado en tal o cual sistema que haga aprovechar esa circunstancia, haciendo señales luminosas, en espera de que las entiendan y contesten los marcianos.

Pero, ¿hay en Marte habitantes? ¿Son ellos susceptibles de comprensión al modo nuestro?

Naturalmente, que sobre esa base se fundan los intentos y las esperanzas más o menos serios.

Mas, otra pregunta puede y debe hacerse:

¿Habrá de ser exclusivamente

mediante los rayos luminicos como se establezca algún día la inteligencia entre los planetas? ¿Es que sólo a la óptica ha de corresponder ese triunfo?

¿Quién lo sabe! Las Ciencias están en sus comienzos a pesar de los maravillosos progresos que en ellas presenciarnos. Queda, sin duda, mucho que descubrir y que estudiar.

El mundo de lo invisible

El mundo de lo invisible nos envuelve; las fuerzas desconocidas son más numerosas que las conocidas. Lo que se sabe no representa más que una

minúscula isla en medio del océano de lo desconocido y de las apariencias superficiales.

Desde hace un cuarto de siglo, los descubrimientos de la física y del ocultismo, nos dan derecho a sospechar panoramas no observados e inaccesibles a nuestro espíritu y a nuestra inteligencia,

aun a la mejor preparada, demasiado descuidados durante siglos de indiferencia.

Hoy, los hombres más conscientes se preocupan hondamente de lo que antes no se quería atender, porque sienten atisbos de algo incógnito en la psicofinología humana.

Hay quien seriamente reúne y clasifica fenómenos observados y comprobados, que demuestran que hay *algo más* de lo conocido en el ser inmaterial de los humanos,

hasta el extremo que parecen indiscutibles estas demostraciones.

Un caso de telepatía

El insigne músico y profundo pensador, Saint-Saens, escribió a uno de sus mejores amigos el año pasado, una carta refiriéndole un hecho curiosísimo que, aunque data de muchos años, no sólo no se borró de su memoria, sino que tampoco había perdido en ella detalles.

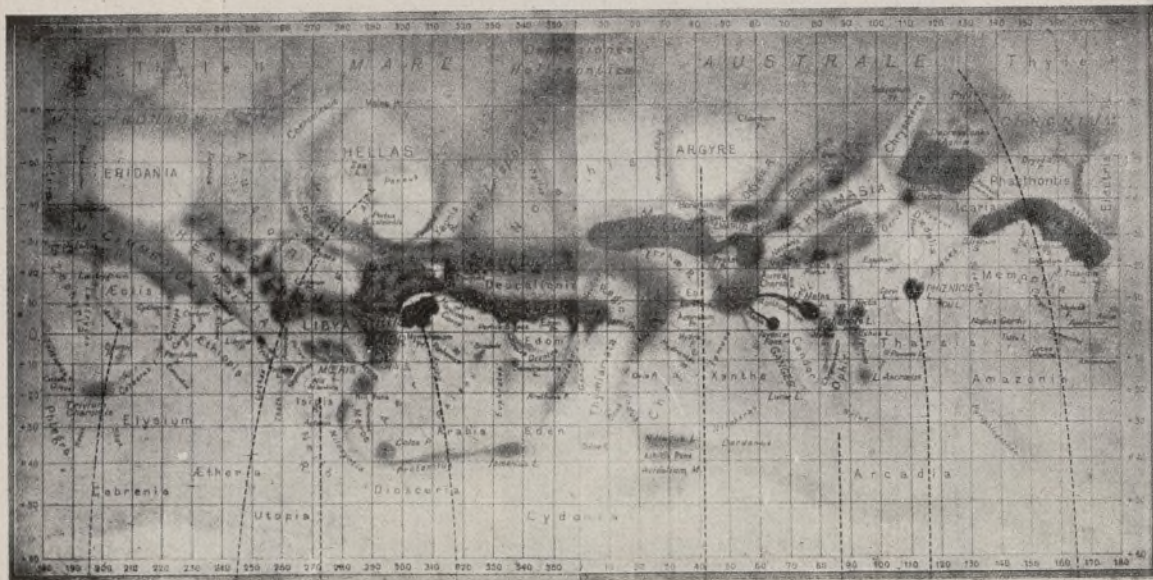
Dice, que en Enero de 1871, y en los últimos días de la campaña franco-prusiana, hallándose en las



Marte, visto desde nuestros telescopios, ofrece el curioso aspecto que muestra el grabado, con superficies oscuras que parecen arenales y mares y líneas regulares que semejan canales.

avanzadas de Cercueil-Cachan, había comido muy bien un guiso de buen caballo y raíz de *diente de león* que por aquel sitio y época se desarrolla mucho. En fin, que se encontraban todos lo más alegre y contentos que cabía estar en sus circunstancias.

«De pronto—dice—sentí en mi cabeza cantar el plan musical del acorde doloroso del que más tarde hice el introito de mi *Requiem*, y experimentaba en el fondo de mi ser el presentimiento de que me amenazaba una desgracia. Una angustia insoportable me abrumaba.»



Las observaciones de los astrónomos en las épocas en que Marte se ha hallado más cerca de la tierra han permitido formar el presente mapa, en el que las tierras de Marte quedan delimitadas y con nombres que permiten orientar las futuras exploraciones.

«En ese mismo momento mataban a Enrique Regnault, al que me ligaba la más viva amistad. La noticia de su muerte me causó tal disgusto que caí enfermo y estuve tres días en cama.»

»Yo he, pues, experimentado la telepatía, antes de inventarse esta palabra.»

La numerosísima repetición de hechos de esta índole, avalados por personas de veracidad indiscutible, hacen que no quepa dudar que transmisiones invisibles circulan a través de la atmósfera y ponen en relación, sin la palabra y sin ningún signo material, espíritus que frecuentemente se encuentran alejados entre sí por grandes distancias.

Los fenómenos inverosímiles

La Ciencia debe estudiar los fenómenos físicos y los psíquicos, sin detenerse ante los inverosímiles.

Antes del descubrimiento de las ondas hertzianas ¿hubiéramos podido admitir la posibilidad de transmitir un despacho eléctrico sin hilo a una distancia de miles de kilómetros? Y ¿cuánto hubiéramos reído si nos hubieran dicho que se iba a poder fotografiar un objeto metálico encerrado en una fuerte caja de madera!

Vivimos en el seno de un mundo invisible; no cabe dudar.

Tampoco es anticientífico admitir que existe la telepatía entre los vivos y los muertos, lo mismo que entre los primeros.

La observación positiva puede demostrar la veracidad o la falsedad de esta hipótesis, aparte de que la prueba está hecha.

El aire en cuyo seno vivimos, es invisible, las ondas etéreas son invisibles, los microbios son invisibles también, y ello no impide que desempeñen un gran papel en nuestra existencia.

¿Podrán otros elementos invisibles probarnos su presencia?

En principio, la respuesta científica es afirmativa. Aproximamos un objeto de hierro a una aguja imantada, y la aguja no lo ve; pero lo siente y oscila.

Una de las mayores dificultades de estas comunicaciones entre los vivos y los muertos, parece ser el estado del alma ausente de sus sentidos corporales. Ver y oír, nos parecen dos facultades pertenecientes tanto al espíritu cuanto al organismo.

Pero, ¿qué es ver?

Suprimamos los ojos y coloquemos en su lugar otros medios de percepción. El Universo nos aparecerá completamente distinto. Pero, aun con nuestros propios ojos ya vemos cosas incomprensibles. Tales son los fantasmas de vivos y los fantasmas de muertos.

La anécdota de Goethe

Recordemos el caso de Goethe, notabilísimo por sí mismo y por la alta calidad del actor: genio eminente, cuya gigantesca labor en Ciencias y en Letras le hace inmortal en la memoria de los hombres, e indiscutible su testimonio.

Paseábase el poeta, un día lluvioso de verano, en compañía de su amigo X., en Weimar, al regreso del Belvédere. De repente se paró como delante de una aparición y cesó de hablar. Su acompañante no se dio cuenta de nada. Súbitamente Goethe exclama; «¡Dios mío, si yo no estuviera seguro de que mi amigo Federico está en Francfort, juraría que es ese!»

Acto continuo, soltó una gran carcajada y agregó: «¡Pero vaya si es él! ¡Amigo Federico, tú aquí en Weimar! ¡Por Dios! ¿Cómo te veo así, con mi ropa de casa, mi gorro de dormir, y mis zapatillas en plena calle?»

El amigo X. que no venía a nadie, consideró que el gran poeta era víctima de un repentino ataque de locura.

A poco de esto, Goethe vuelve a su casa y al entrar se encuentra en ella a su amigo Federico. Al verle, retrocede con los cabellos erizados y pálido como un muerto, gritándole: ¡Atrás, fantasma!

—Querido, ¿esta es la acogida que haces a tu más fiel amigo?—contestó el interpelado.

—¡Ah!—exclama el poeta riendo y llorando a la vez—no es un espíritu; esta vez es un ser de carne y hueso. Y se abrazaron efusivamente.

Federico había llegado a casa de Goethe empapado por la lluvia, teniendo que desnudarse y ponerse las ropas secas que encontró a mano, de su amigo. Entonces se echó en una butaca, se durmió y soñó que había salido en busca de Goethe, encontrándole en la calle, donde le había éste interpelado con las mismas palabras que, en efecto, pronunciara en presencia de X.: ¡Tú, aquí en Weimar! ¿Cómo con mi ropa de casa, mi gorro de dormir y mis zapatillas en plena calle?

Pudo acaecer aquí, una transmisión de *imágenes* por ondas psíquicas entre dos cerebros armónicamente acordes, ejerciendo el uno de transmisor y de receptor el otro.

La física moderna ofrece ejemplos que pueden ponernos sobre la pista de la explicación de la fo-

tografía a distancia y de la telefonía sin hilos. En este último caso, no es la palabra la que viaja de un punto a otro. Se transforma en ondas hertzianas para ir del punto de partida al de llegada, donde el aparato receptor la reconstituye para la audición.

Hace cincuenta años, acerca de lo relatado con respecto a Saint-Saens, a Goethe y a otros casos análogos, no se paraba nadie en dar ni buscar explicaciones; todo se resolvía con una sencilla palabra: *Alucinación*.

La ciencia actual empieza a estudiar estos hechos y la ciencia del porvenir los explicará.

Los muertos también hablan

Los casos entre vivos, son numerosos, se cuentan por centenares, y las apariciones de muertos no parecen ser menos ciertas, pudiéndose citar muchos ejemplos curiosísimos e indubitables.

He aquí uno:

Un industrial de Glasgow tenía como empleado al joven Roberto Mackenzie, del cual estaba muy satisfecho.

El jefe, hubo de trasladarle a vivir en Londres, y cuenta lo que sigue:

«Soñé que estaba un día sentado junto a mi pupitre, y que sostenía una conversación de negocios con un caballero desconocido, cuando ví a Roberto avanzar hacia mí.

Molesto, le pregunté con cierta sequedad, si no veía que estaba ocupado. Se retiró muy contrariado; pero insistió en seguida, como si quisiera distraerme en el acto. Me dirigí a él de nuevo con más brusquedad que la vez primera, reprochándole su falta de atención. En esto, la persona con quien yo hablaba se despidió de mí, y Mackenzie avanzó:

—¿Qué quería decirme, Roberto?—díjale un poco irritado.—¿No veía V. que estaba ocupado?

Sí, señor; pero es preciso que le hable en seguida. ¿Sobre qué? ¿Qué pasa, que tal prisa corre?

—Tengo que decirle que se me acusa de una cosa que no he hecho; necesito que V. lo sepa y me perdone lo que me imputan, porque soy inocente.—añadiendo otra vez—; yo no he realizado lo que dicen que he hecho.

Y como repitiera esas palabras, le dije:

—¿Cómo ni de qué le voy a perdonar si no me dice V. de qué le acusan?

Jamás olvidaré el tono enfático con que, en puro dialecto escocés, me contestó:

—Pronto lo sabrá V.

Repetí dos veces la pregunta, y tengo la seguridad de que me dió tres veces la misma respuesta.

Me maravillaba de esto, teniendo en el fondo cierta inquietud por lo que ello podría significar,

cuando entró en la alcoba mi mujer precipitadamente y demudada, con una carta abierta en la mano, exclamando: —¡James, una desgracia terrible! ¡Roberto Mackenzie se ha suicidado!

Comprendiendo perfectamente entonces el sentido de la visión, repliqué tranquila y firmemente:

—No, no se ha suicidado.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Acaba de decírmelo.

Debo añadir que un detalle singular me había chocado cuando se me apareció en sueños.

Su cara era de un azul lívido, y en la frente se advertían manchas parecidas a gotas de sudor. No me explicaba bien esta particularidad que aclaró lo que después supe.

He aquí lo que había ocurrido:

Al entrar en su casa Mackenzie, el sábado anterior por la noche, había tomado una botella con agua fuerte creyendo que era whisky; se sirvió un vaso y se lo bebió de un trago. Murió el domingo en medio de atroces dolores. Se creyó que se había suicidado. Por eso vino a asegurarme que era inocente de lo que se le atribuía. Y, cosa notable; tuve la curiosidad de investigar los síntomas del envenenamiento por el agua fuerte y ví que eran los que había observado en el rostro de Roberto.

Se reconoció pronto que había equivocación al creer en el suicidio, lo cual supe por carta de mi representante en Escocia.»

Así se explica el fabricante de Glasgow. El dependiente vino a revelarle la verdad después de un pretendido suicidio, lo cual prueba la supervivencia.

Hay que haer notar que en Inglaterra el suicidio se considera un verdadero crimen.

Los interrogatorios muy concretos, hechos al su jeto que hace este relato, no dejan lugar a duda sobre su exactitud. Está bien claro que se trata de un muerto; que no puede ser ni una sugestión retardada, ni un azar, ni cualquier otra cosa.

La futura ciencia

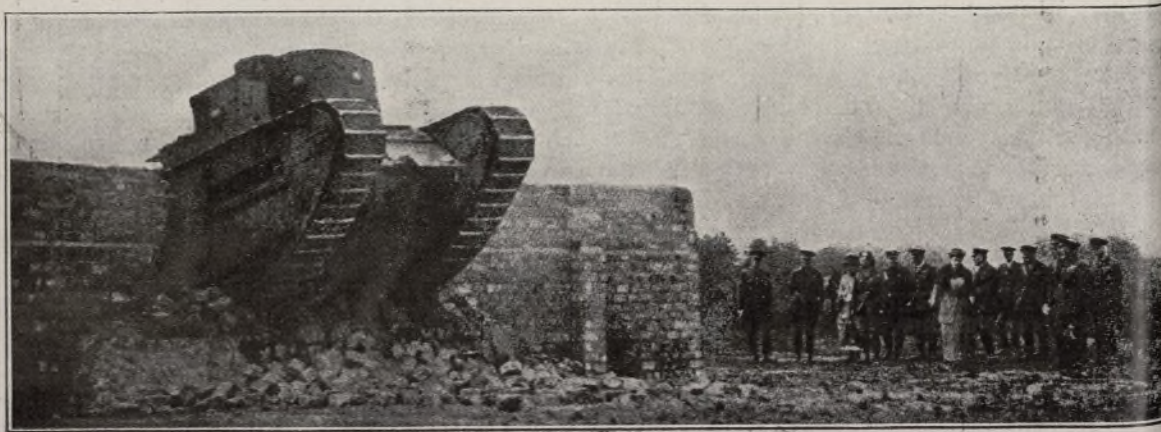
Estas apariciones de vivos y de muertos, aquí anotadas, pueden servir de tipos de lo que la ciencia actual estudia, y que no está sino en el *be ce*. Y acaso, acaso, los descubrimientos que se hagan al respecto, se relacionen mañana con la astronomía para poder alcanzar el conocimiento de los otros mundos.

La óptica continuará sus progresos maravillosos pero tal vez los mundos puedan comunicarse mediante radiaciones psíquicas, mejor que por los rayos visuales.

Está demostrado que las ondas etéreas circulan entre los mundos, entre el sol y la tierra, entre Júpiter y nuestro planeta, y además, que las relaciones telepáticas existen entre los vivos y los muertos. No es temerario imaginar que las relaciones psíquicas pueden establecerse algún día entre las otras tierras y la nuestra.

Esta posibilidad podrá parecer extravagante y novelesca a los timoratos; pero, todas las profecías de orden científico ¿no parecen extravagantes también?

UN NUEVO MODELO DE TANQUES



Nuevo modelo de tanques de mediano tamaño ensayado recientemente por el ejército inglés en presencia del rey Jorge. El tanque se presenta en el momento de derribar fácilmente un grueso muro de ladrillo.

El olor y el sabor sometidos al cálculo

Dícese, y es cierto, que nada es tan atrevido como la ignorancia. Pero en realidad, no son los atrevimientos, exclusivos de los ignorantes; también los sabios tienen los suyos. Y sinó, véase que no son los tontos los que se han lanzado a volar como pájaros y a nadar bajo las aguas como peces.

Tampoco los sabios se ocupan y preocupan siempre de cosas de gran importancia como la telegrafía sin hilos o la aplicación del radio a curaciones maravillosas. A veces, echan por caminos, que, al

tenga aplicación? Recientemente, un sabio de laboratorio ha imaginado el modo de pesar y medir los olores y los sabores.

Hasta aquí, nos bastaba con no apartarnos de una dama impregnada de ricas esencias o con taparnos la nariz si oliamos y no a rosas.

De ahí que las mujeres consideren un factor importantísimo entre sus atractivos, el perfume que usan, y también ello explica el gran consumo que el bello sexo hace en las perfumerías, aun siendo los géneros en ellas de elevados precios.

Verdad es que los hombres, tampoco escatiman cuando de vino o de tabaco se trata. ¡Ya pueden subirlos de precio, que el consumo no ha de decaer!

Pero no nos apartemos del tema.

El sabio a que nos hemos referido, no se ha andado por las ramas: ha comenzado por construir un *Olfatómetro* y un *Saporímetro*. Bien es verdad que si se trata de medir olores y sabores, con algo habrá de hacerse.

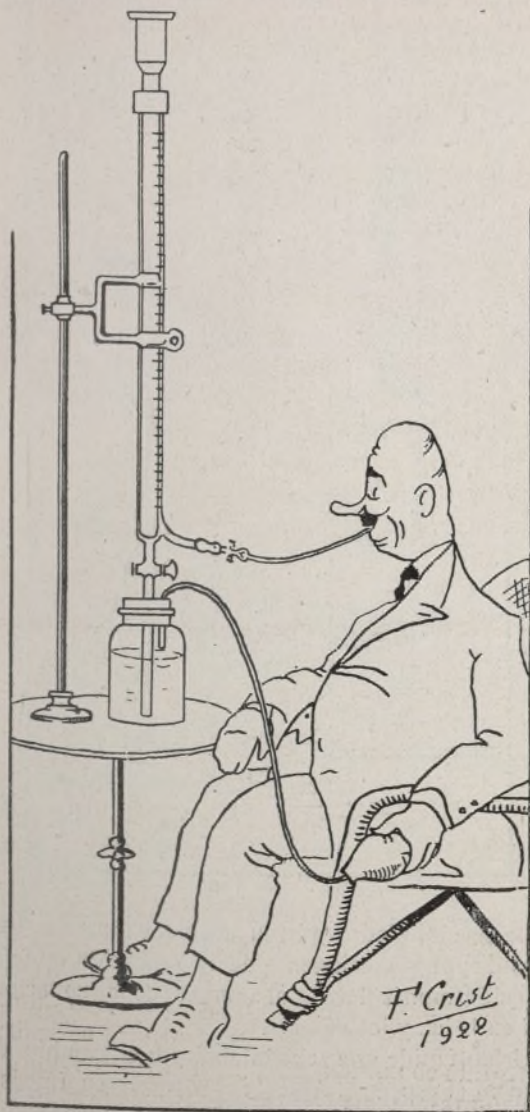
Se ignora la naturaleza del factor que determina la cualidad de gustar y de oler, siendo estos dos sentidos de indiscutible utilidad en el animal, aunque, realmente en el género humano están menos desarrollados que en muchos otros seres del reino animal, que de ellos se sirven para elegir los alimentos más sabrosos, nutritivos y asimilables, y para deshechar los que pueden producirles perjuicio.

Cuando se dice que el funcionamiento de esos sentidos está ligado a las emisiones de moléculas materiales o iones se enuncia un hecho innegable; pero no se inicia, siquiera una racional explicación.

Este problema sólo se ha abordado hasta el presente por la vía fisiológica, tratando de medir las mínimas perceptibles, las relaciones de los números de orden de las sensaciones y las sensibilidades, con las concentraciones de líquidos o de vapores, con los tiempos de reacciones, etc. Esta era la única vía por la que se pretendía establecer relación entre estos dos sentidos tan poco conocidos, con el oído y la vista, mejor conocidos que ellos.

El olfatómetro, está constituido por un receptáculo de cristal, atravesado por dos tubos, uno dentro de otro; un tubo de papel, tapado por abajo y en su interior otro de vidrio, graduado en milímetros, que sale a la parte superior y que se introduce el operador en la nariz, tapándose la ventana libre.

Depórtanse en el recipiente algunas gotas del lí-



menos *a priori*, parecen perseguir *naderías*, dicho sea con todo el respeto que merecen personas y cosas; pues ¿quién sabe a lo que puede llegar un descubrimiento científico que por el momento no

quido olorífero, y cuando se satura, se encierra el conjunto en una cubeta taponada y se va sacando el tubo que está en la nariz suave y uniformemente, hasta sentir la primera sensación olorosa; momento que se anota.

La altura del tubo que se ha tenido que sacar, el tiempo, la velocidad de evaporación a la temperatura del cuerpo experimentado y una constante del aparato, dan los elementos para calcular el peso del vapor que ha ido pasando por el tubo.

Este peso representa un mínimo superior del mínimo perceptible.

El saporímetro es sencillamente un tubo graduado, de 100 centímetros cúbicos, que tiene en su extremo superior un grifo de punzón para regir a voluntad la entrada del aire por orificio de dimensiones capilares; en el inferior, otro grifo o llave ordinaria, y una tetina de cristal, que puede ponerse y quitarse.

Mediante la llave de arriba, se regula el paso del líquido, puesto que se dispone del de aire.

Lleno el tubo del líquido a experimentar, se anota el momento en que se abren las llaves, midiendo con un cronómetro, el tiempo transcurrido hasta sentir en la boca la primera sensación acre, dulce o como sea, al enirar en ella el líquido.

Continúase, se anota cuando se advierte sensación de gusto diferente, y al sentir la tercera, distinta de las otras dos, la operación está terminada.

Los tiempos, los volúmenes, las sensaciones y las velocidades, dan el conocimiento científico de la sensación definitiva que es la tercera.

Los cambios de olor y sabor de muchos cuerpos, mediante concentración, elevación de temperatura, etcétera, justifican el papel atribuido a los factores determinantes de los resultados que acusan estos dos aparatos.

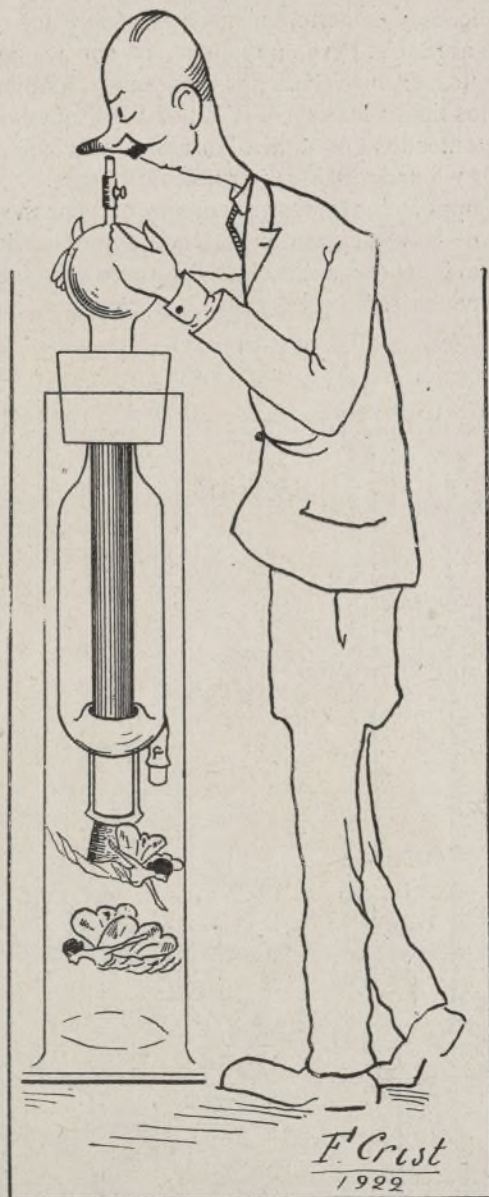
También por analogía los autorizan, los métodos aplicados a los aceites, etéreos, esencias, gases y vapores, de los espectros de extinción infra-rojos.

El autor entiende que, para las sensaciones, que dependen de vibraciones, hay tres cantidades fundamentales que determinar *campo*, *período* y *tono*.

El *campo*, o sea, el intervalo de las radiaciones en el cual se ejerce la sensación considerada. El *período*, que define una cualidad precisa de la sensibilidad; y el *tono* o *intervalo* que define también una cualidad de la sensación.

Para someter estas *cantidades* al cálculo, ha inventado cierta unidad que denomina *méride*, y un límite de uno a ocho; llamando a estos nuevos números concretos: *méride*, *diméride*, *tri... epta* y *octaméride*, con sus divisiones, *hemiméride*, *tritoméride* y *tetartoméride*. Todos estos son, expresión de

los intervalos. Añade, que basta multiplicarlos por 6 o 6², para tener respectivamente los períodos y los campos.



La sensibilidad, según su misma definición, está medida por el crecimiento de la sensación o de la reacción motriz llevada al aumento de la excitación. Así en la luz y los colores.

Urthoff mide esta sensibilidad por el cambio de tinte en el espectro. Antes de alcanzar su intensidad, cada radiación, pasa por diferentes valores, los que representados por curvas gráficas se ha comprobado que tienen perfecta analogía con las representativas de las radiaciones de los cuerpos negros sometidos a cambios térmicos.

De ahí que se deduzca la gran analogía entre las radiaciones nerviosas y las electromagnéticas.

Por fin, en el orden de las radiaciones crecientes, establece el repetido sabio, esta serie de sabores: amargo, alcalino, salado, azucarado, ácido y soso; advirtiendo que respectivamente, son los tres últimos complementarios de los primeros. También asegura que hay *sabores vaporosos y olores líquidos*.

Repetimos lo arriba dicho: Muchísimo respeto para los sabios y para los pastos todos de la sabiduría; pero no alcanzamos a comprender bien eso de olor líquido; pues lo que desde nuestra infancia

veníamos oyendo en ciertas ocasiones, era: *aquí se masca la peste*; lo que ignoramos si era por tener que apretarse la nariz y continuar el mal olor entrando por la boca, o porque los antiguos considerasen instintivamente sólidos ciertos olores, precursores sin duda de los líquidos de que ahora nos dan noticia.

En todo caso, esperamos que se construyan saporímetros de bolsillo para ir a la compra y volver sin adquirir nada comprobando que los comestibles saben todos mal, y olfatómetros, también reducidos de tamaño, a fin de chicolear a las muchachas con el novísimo piropo de: «Es V. un *octoméride*».



La liviandad de Doña Ana

■ ■ ■

—¡Decirme al punto habréis, señor hidalgo, qué buscáis en la calle a aquesta hora!

—¡Presto! En aquesta reja es donde mora la que es dueña de todo cuanto valgo!

—No rondaréis, si os estimáis en algo.

¡Vive Dios!... a Doña Ana, mi señora.

—¡Siempre!

—¡Jamás!

—¡Si así nos enamora ese es mi empeño y de mi afán no salgo!

—¡En guardia, pues!...

—¡En guardia!... pero infiero que no hay razón... ¡Dejad quieto el acero!

¿Vuestra mano?

—¡Aquí está!

—¡No haya querella!

¡Pues por mucho que jueguen las espadas, no hemos de averiguar con estocadas si es ella nuestra o somos ambos de ella!

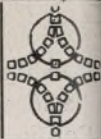
J. ZAMORA





ANDANTE ESPAÑOLERÍA

Por el Teniente Coronel García Pérez.



Las mujeres zaragozanas

He aquí lo que dice el Coronel Beaumont en sus Memorias, acerca de su comportamiento en defensa de la ciudad:

«En las murallas de la Puerta del Carmen he visto pasar un centenar de mujeres del populocho que llevaban una imagen en procesión e iban cantando el rosario. Las balas de las avanzadas caían sobre ellas sin interrumpir su desfile ni sus rezos. Al dar la vuelta al rebellín, nos mostraban los puños lanzando gritos de ira. Ofrecíanse a la muerte serenas, tranquilas. No he visto jamás espectáculo como este. Se ordenó suspender el fuego hasta que ellas se marchasen, pero aquellas fieras, mezclando las palabras de piedad con las maldiciones a Francia, nos decían: *¡Tirad, tirad, no os tememos!*»

Concha Preciado

Guarnecía el pueblo de Torá (Cataluña) una compañía del regimiento de Saboya; los carlistas atacan el 9 de agosto de 1835; rivalizan en denuesto los 110 soldados liberales contra los 2.000 asaltantes: si admirable es el brío en el ataque, no menos digna de encomio es la obstinación en la defensa; y entre tanto heroísmo brilla por su viril ejemplo la esposa del capitán, animando a los soldados con la espada en la mano.

Los bravos de Saboya salváronse gracias a la llegada de una columna de socorro.

Regimiento de Girona

Durante la lucha que en Arlabán (21 de Mayo de 1836), sostenían liberales y carlistas, se insubordinó el Cuerpo citado por no haber tenido la posición de extrema vanguardia que creía corresponderle; bajo el fuego de sus adversarios, Girona ni avanzaba ni quería retroceder.

Al saber este hecho el General en Jefe, encargó a su hermano, el coronel Córdova, que estableciese la disciplina en aquel Regimiento; y el Coronel, así dijo a los soldados:

—*¡Hace dos días habéis perdido a vuestro Coronel (O'Donnell) y ya le habéis olvidado; ¿Qué dirá cuando conozca vuestra conducta? ¿Qué dirá el Ejército del Regimiento de Girona? El General en Jefe me envía a vosotros para que os reúna, os forme y os lleve a pelear;*

que en todas las posiciones y en cualquier puesto. Girona sabe recoger laureles.

Los soldados, entusiastas y obedientes, aclaman al Coronel Córdova y al General en Jefe; forman a la voz de sus oficiales y acometen a los carlistas que hubieron de ceder bravamente.

Lanceros de Villaviciosa (6.º de Caballería)

En el combate de Luchana (24 de Diciembre de 1836), cuarenta ginetes al mando de un oficial, se abren paso de modo heroico entre dos batallones carlistas y salvan a varias compañías portuguesas; el general luso Das-Santas, abraza al intrépido oficial al frente de sus bravos subordinados, y les dice:

—*Ninguna Caballería del mundo hubiera podido hacer más de lo que con la vuestra acabáis de ejecutar.*

José Arteaga

Este soldado carlista del 6.º Batallón de Guipúzcoa, se distinguió en la batalla de Oriamendi. acaecida el 16 de Marzo de 1837; contra varios ingleses, aliados de los liberales, demostró extraordinaria bravura; observando que un jefe inglés, a caballo, flameaba una bandera induciendo a los suyos para reunirse a su alrededor, corre rápido hacia él; pelea obstinado, sufriendo un sablazo en la mano izquierda; no obstante el agudo dolor de la herida, sigue luchando hasta matar a su rival y apoderarse de la codiciada bandera, perteneciente al 9.º Regimiento de la Legión Británica.

Manuel Alvarez

En la acción de Andoain, 29 de Mayo de 1837, realiza este soldado del regimiento de Zaragoza, señalada audacia.

Completamente sólo, y consciente del peligro, se aproxima a un parapeto ocupado por 60 adversarios; da la voz de «¡a ellos!» con todas sus energías; creen los contrarios en la inminencia de un asalto, y presurosos desalojan la trinchera; así pudo ser tomada ésta, pues de otro modo hubiese costado sensibles bajas.

Alvarez fué recompensado por su valerosa estratagema y abrazado por el General en Jefe al frente de las tropas.

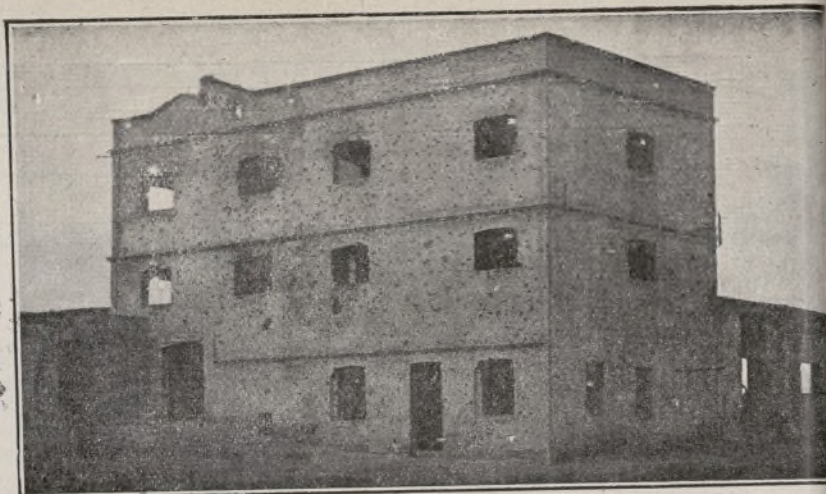


ANTE EL TRIBUNAL (Cuadro de Moragas.)

Hace un año



El sitio de Nador



La fábrica de harinas de Nador tal como quedó después de la rendición de la plaza.

Poco después de las nueve del 24 de Julio, y puesto en marcha el convoy que con enfermos, parte de la población civil del poblado, armamentos, municiones y la bandera de la Brigada Disciplinaria, se despachó para Melilla, iniciado el fuego del enemigo, se acogieron a la Fábrica de Harinas de la Compañía Colonial de Industria y Comercio de Nador; los elementos dispersos de todos los Cuerpos que, recogidos la noche antes en la carretera, procedentes de posiciones y columnas avanzadas, de primera línea, en unión de una sección escasa del regimiento de Ceriñola y otra de la Guardia civil, con los destinos y P. M. de la Brigada penetraron en el edificio; no habiendo podido salvarse del Depósito de armamento del Cuerpo, incendiados con el Almacén, por el Jefe de aquél, para que no cayera en poder del enemigo, más que ocho cajas de municiones, retiradas al empezar la agresión de los moros.

Distribuida la fuerza en dos compañías provisionales y dos Secciones, una de los disciplinarios y otra de guardias civiles, se encomendó a aquéllas las defensas de los pisos altos y principal y a éstas la de la planta baja, en la que también se colocaron los Regulares europeos; desde el primer momento el enemigo posesionado del poblado, barracones del campamento e Iglesia, rompió un fuego nutrido sobre la fábrica, en la que sólo se encontró alguna harina de cebada, grano en abundancia y agua salubre, de una bomba de alimentación de máquina, careciéndose en absoluto de asistencia médica y medicinas; por la noche intentó el enemigo incendiar la puerta de entrada de la casa del administrador, por lo que se destacaron a ellas los Regulares y algunos guardias civiles; puso un cartucho de dinamita en la pared exterior de los hornos, abriendo la explosión un hueco por donde intentaron entrar

los sitiadores, siendo rechazados; lanzaron bombas de mano, desde el inmediato Morabo de Sidi A que entraron por las ventanas y explotaron algunas así como haces de paja y ramas secas encendidas; cañoneó el edificio logrando meter varios proyectiles por las ventanas, y otros taladraron los muros; hubo que recurrir a la cremación de los cadáveres por imposibilidad de enterrarlos y evitar la epidemia de la que empezaron a dar síntomas algunos defensores; no se recibieron auxilios de ninguna clase en los diez días que duró la defensa y se evacuó el puesto conservando la oficialidad sus armas y los Jefes moros, acompañantes, sin ella como garantía de que respondían con su vida al pactado; saliendo los defensores con 18 camillas improvisadas, de heridos y enfermos, para Atalayón sobre las doce del 2 de Agosto, salvándose las vidas, de los paisanos, mujeres y dos niños militares, cuyo sacrificio hubiera sido inútil. Hubo varios rasgos de heroísmo y valor distinguido de oficiales y tropa, la que en su mayoría por la falta de alimentación y sueño, rendida de cansancio agotada por la fatiga, mereció bien de la Patria por su proceder en este glorioso hecho de armas, por el que fueron felicitados los defensores por S. Majestad el Rey.

De los 195 hombres que sumaban los defensores de la Fábrica de Harinas, 14 son Jefes y oficiales, ellos 3 Jefes, 2 capitanes, 7 tenientes y 2 alféreces.

De los 181 hombres restantes, eran 2 suboficiales, 9 sargentos, 16 cabos, 2 cornetas, 139 soldados, guardias civiles, 2 guardias urbanos, 1 oficial telégrafos y 10 paisanos; además 2 mujeres y 2 niños.

Las bajas que tuvo esta fuerza desde el 24 de Julio al 2 de Agosto, que evacuaron la posición fueron las siguientes:

Muertos, el Comandante de la Brigada Disciplinaria

ria, D. Wenceslao Sahún Navarro, y el paisano Manuel López Vega, el 24 de Julio.

El soldado de Ingenieros, automovilista, Jesús Díaz Collado, el 25.

El teniente de Intendencia, D. Ricardo Iglesias González, el soldado del regimiento de Ceriñola, 42, José Bernabé y el paisano, José Pérez Alfonso, el 26.

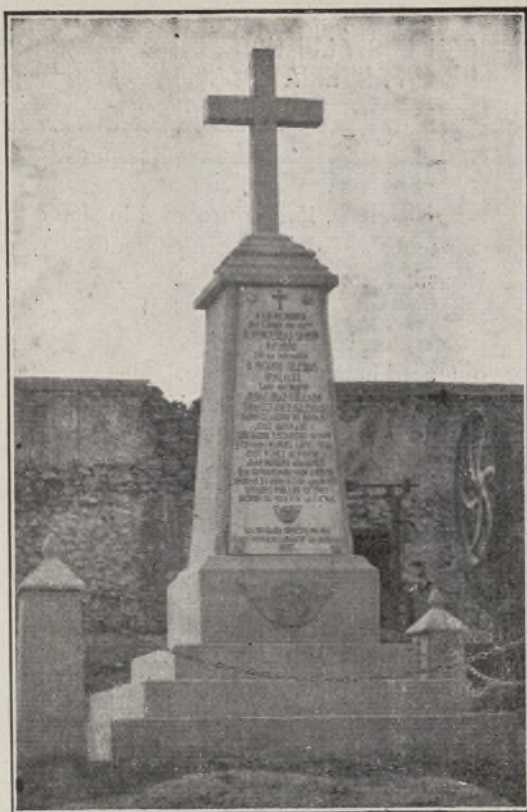
El soldado del regimiento de Melilla, 59, Gregorio Escudero, y el cabo de Regulares indígenas, número 2, Cesáreo Iglesias, el 31.

El soldado disciplinario, Claudio de Rosas García, el 1.º de Agosto, gangrenado, y de heridas que recibió en una pierna el día 24 del anterior.

Y el 2 de Agosto, el paisano Juan Moreno Aragón, que evacuado, falleció en el Hospital de herida de bala que recibió en la cabeza.

Hubo 30 heridos, entre graves y leves y 15 contusos, siendo en total las bajas, por todos conceptos 55, entre militares y paisanos.

De los 10 muertos, fueron quemados seis, cuyos restos descansan en la fosa inmediata al monumento, en unión de los dos que murieron fuera del edificio.



Monumento*erigido en Nador como recuerdo a las víctimas de los sucesos de Julio.

OFRENDAS

A LOS HÉROES SIN NOMBRE

Allá entre las sombras de lo eterno, sin guía...
en la paz de una estrella, en lo ignoto del mar,
recoged estas flores de luz, de poesía,
de amor y de recuerdo que os voy a cantar.

Guardad allá, muy lejos, el santo amor que os
hizo
dar la sangre a caudales por todos los demás,
guardadlo, que en la tumba no entre el enfermizo
olvido, sí, un olvido feroz, de iniquidad...

Sería en una tarde en que el plomo era fuego
o entre las gayas notas de un claro amanecer.

No sé, pero justicia me obliga, desde luego,
a daros lo que es nuestro en corto remember.

¿Perpetuará tu gloria enigmático olvido,
o será por la Patria tu esfuerzo agradecido...?

ENVÍO

Para vosotras almas heroicas
de Nador, Monte-Arruit, Zeluán,
del sublime estertor de Igueriben
de la rota fatal de Annual
las flores del recuerdo
os cubrirán.

L. ENRIQUEZ ROZAS

ANNUAL

Eran nobles paladines que, en legiones ague-
[rridas,
como dignos descendientes de los héroes castella-
[nos,
por su patria y su bandera pelearon como hermanos,
con las almas en sublime sacrificio siempre unidas.

De las huestes, traicionadas para ser mejor ven-
[cidas,
nada queda, que sus fieros heroísmos fueron vanos,
y después de su martirio, en los campos africanos
aún juguete son del viento las cenizas esparcidas.

Aún España ¡Dulce madre!... sufre y llora triste-
[mente,
que de trágicas espinas coronada está su frente,
pero tiene fe en sus hijos en que cifra la esperanza...
¡Ah, los bravos adalides! ¡Ah, los bravos mesnade-
[ros!
No dejéis que en el olvido se enmohezcan los
[aceros...
¡Que aún no es hecha la justicia ni cumplida la ven-
[ganza!

JUANITA ZAMORA

CON LOS ALUMNOS
DE INFANTERIA :-:

¡¡ADIÓS, AMIGO!!

Triste estoy, lo aseguro cual lo siento
por tener que dejarte, campamento.
No sabes con que ganas
muellemente acostado
pensaré en las dianas
que aquí hemos disfrutado.
Cómo echaré de menos a Zurbano
y a Juvert, que a deshora
da el grito de «a formar»
tan dulce y grato.

¡¡Qué triste despertar
será el de ahora!!

Ya me voy barracón, ya te abandono,
no lo he pasado mal, yo te perdono.
Si algo malo me hiciste
tambiéu hospitalario me acogiste,
y soy agradecido,



que si no, no sería bien nacido.

Adiós tierno camastro,
ya cuando luzca el astro
brillante y matutino,
no volverá mi apuro
de tener que ponerte frente al muro
en posición decúbito supino.

Adiós mi compañera
artística y graciosa papelera
¡¡pobre anciana ventruda!!
gracias te doy por tu eficaz ayuda.

Con cuánta confianza
en el ignoto arcano de tu panza
guardaba yo la muda.

Cuando no me dormía
en los ratos que te hice compañía,
algunos estudiaba,

en otros escribía
y otros a mis ensueños dedicaba.

Sobre tí adquirí ciencia
ante tí he derrochado mi paciencia



cuando tardaban en tocar fagina,
tú me has visto esperar con impaciencia
mi turno de salir a la letrina.

Con cariño profundo,
cariño como hay pocos en el mundo,
te puse muchas veces en revista...

... Bien papelera, adiós, hasta la vista,
otra vez nos veremos en segundo
pues creo cierto no alcanzar un cate,
¡quién piensa semejante disparate!
¡¡Oh, que tristeza, el corazón destila!!
en fin, adiós, me espera mi petate
y tengo que ir llenando la mochila.

Camastro, barracón y papelera
adiós, adiós, adiós por vez postrera.



No véis que estoy llorando
lloro porque me espera San Servando.
Triste me voy, lo digo cual lo siento,
muy triste, te lo juro campamento.

UN NOVATO

Campamento de los Alijares, Mayo de 1922.
(Ilustraciones de José Montero Bosch.)

Consejos para que vuestros automóviles marchen silenciosos y sin averías

1.—El cardan, aunque sea de bolas, debe estar siempre engrasado. La falta de grasa originará rozamientos, y éstos, desajustes y ruidos.

2.—El tubo del silencio tiene con frecuencia vibraciones originadas por la fuerza del gas. Para evitarlas debe hacerse que el tubo termine en forma aplastada.

3.—Las uniones de la caja del diferencial, deben verificarse para evitar el ruido que puede producir un ajuste imperfecto.

4.—El engrase de las palancas del freno, evitará el ruido que se produce en cuanto existe un poco de juego.

5.—El silencioso debe ser repasado con frecuencia. Así gastará poca energía y se evitarán los silbidos especiales que se producen cuando se obtura.

6.—Si los pistones tienen juego se oírán un repiqueteo. Si este es excesivo habrá que rectificar los cilindros o cambiar los pistones.

7.—Los embragues metálicos al tomar la velocidad hacen un ruido que es difícilmente evitable.

8.—El ruido de las válvulas puede ser atenuado, estudiando convenientemente el perfil de sus asientos.

9.—El carburador si no está bien reglado, produce un pequeño silbido.

10.—Los motores, que tienen su ventilador montado sobre juegos de bolas, producen un pequeño ruido en las grandes velocidades. Los cojinetes de antifricción suprimen este ruido.

11.—Los embragues de la magneto pueden tener una pequeña vibración, posible de suprimir poniendo un disco de cuero.

12.—Los cojinetes de bolas de las ruedas, en cuanto adquieren juego, producen ruido y los neumáticos se desgastan.

13.—Si la rueda es de madera, la falta de ajuste produce un ruido característico.

14.—Los neumáticos también producen ruido, sobre todo los macizos, al despegarse del suelo.

15.—Las ballestas, cuyas láminas se sueltan, producen un ruido molesto y de peligrosas consecuencias.

16.—Los carters deben ir sólidamente unidos al chasis para evitar vibraciones.

17.—La manivela de puesta en marcha debe ir sujeta con una correa para evitar que su movimiento origine vibraciones del árbol.

18.—Las palancas del cambio de dirección deben estar bien ajustadas y engrasadas.

19.—Si los enganches de las correas del ventilador tocan a las poleas, se oírán un martilleo característico.

20.—La puesta en marcha hace con frecuencia un ruido de engranaje, que no tiene importancia.

21.—El ventilador, que marcha a grande velocidad origina con frecuencia una especie de silbido.

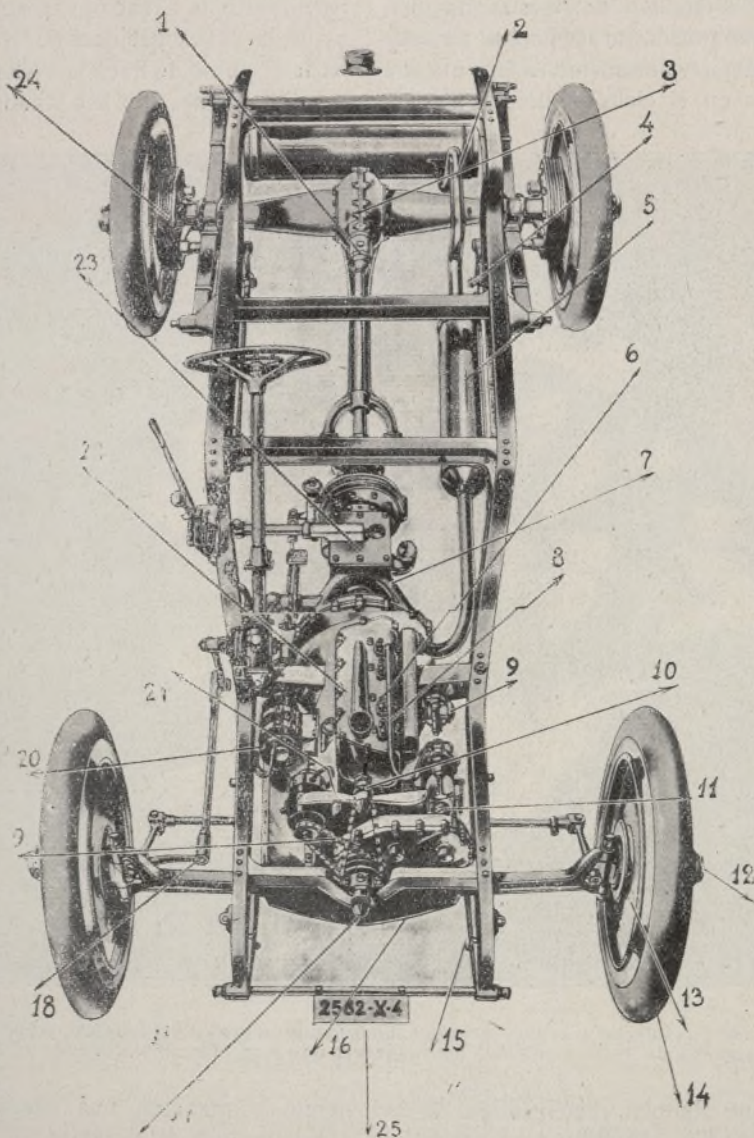
22.—El motor tiene ruidos que proceden de falta de engrase o de avances exagerados del alumbrado. Las vibraciones tienen por causa, defecto de

equilibrio de la masa, y también desigualdades de compresión y de alimentación de los cilindros.

23.—La caja de velocidades produce ruidos, que se pueden clasificar. Los piñones de metal blando producen menos ruido que los de metal duro, pues se gastan con más facilidad. Los helicoidales son muy silenciosos.

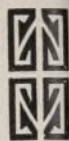
24.—El ruido de los frenos, indica que están desajustados y que deben ponerse en manos del mecánico.

25.—Por fin, hay un ruido sin importancia que a veces puede originar confusión. El de la placa de identidad, que debe estar ajustada.





VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS



EL FIN DEL DOLOR

I

Usando de aquella facultad de nuestra imaginación que nos permite presenciar los hechos pasados y contemplar los lugares aunque no estén a nuestra vista, retroceremos en el ciclo del tiempo a aque-

espíritu de observación. Reuben era un experimentador formidable, un contemplativo de la obra maravillosa de la Creación; su vida, un éxtasis permanente; las investigaciones de laboratorio le abstraían hasta el punto de hacerle olvidar la vida, las flaquezas de la carne. Por eso su alma ardiente no sintió



Harrison estudia los injertos y la sustitución de los órganos enfermos del hombre, y pretende llegar al aprovechamiento de los elementos de los cadáveres que sean utilizables (*Cuadro de Rembrandt*).

llos días en los que Reuben, recién salido de la Universidad, trató de fijar el rumbo de su vida.

II

Su protector—sir Jorge Bumnell—conocía perfectamente la capacidad moral e intelectual de Reuben. Ya los profesores que éste tuvo en la niñez anunciaron: inteligencia esclarecida, genio indomable, bondad innata, rigidez en el cumplimiento del deber. Estos vaticinios fueron confirmados por nuevos profesores, a los que llamaba extraordinaria-

mente la atención una cualidad de Reuben: nunca la duda ni el temor, ni conoció la angustia del dolor. Dos pasiones sólo anidaron en su ser: admiración por la gran obra divina de la Creación que trataba de absorber, de embeber en su espíritu voraz de conocimiento, y la compasión por sus hermanos, esclavos de la pasión, del dolor, del miedo al dolor. Por eso su protector, que le conocía bien, al llamarle aquel día a su despacho, no preguntó acerca del rumbo que pensaba tomar una vez terminada su carrera.

III

—Hijo mío, vas a ir a Suiza—decía sir Jorge—, he escrito a mi amigo Max; dadas tus aficiones a la experimentación, lo pasarás bien. No existe en el mundo laboratorio comparable al suyo: una ciudad, ingenieros innumerables, sabios de todos los países.

Max heredó una fortuna fabulosa, conoció el origen poco limpio de su procedencia y decidió reintegrarla a la Humanidad. ¿En qué forma? El laboratorio que creó y que personalmente dirige, tiene una finalidad única, que sólo conocen sus asociados, él y yo: librar a los hombres de la gabela del dolor material y, por consecuencia, del miedo a esta clase de dolor, más temible que el dolor mismo.

—¿Por qué medios espera conseguirlo?—preguntó Reuben extrañado.

—Yo creo que Max es el primer fisiólogo del mundo—replicó sir Jorge—. El ha estudiado la esencia íntima del dolor y dispone de medios de investigación con los que nadie hasta el día pudo contar. En su entusiasmo por destruir la terrible plaga, ha empleado muchas veces como campo de cultivo su propio cuerpo, estudiando personalmente en sí mismo la evolución de los gérmenes patógenos. El ha sentido en su carne fuerte los dolores FULGURANTES como el rayo, los dolores LANCINANTES, los TEREBRANTES, que parecen producidos por una barrena; los GRAVATIVOS o de peso, los TENSIVOS por distensión, los CONstrictivos por opresión, los CONTUSIVOS por golpe o choque; la gama, en fin, innúmera y variada de los dolores todos.

Max ha organizado cinco grandes secciones en su laboratorio. En la primera se estudia el dolor sin localizar, lo que vulgarmente se conoce con el nombre de malestar o desazón. En la segunda, el dolor localizado. En la tercera, la conciencia del dolor—es decir—: el hecho de que el hombre se da cuenta de que padece. Investiga la cuarta sección cuanto se refiere al temor al dolor, o al miedo propiamente dicho. En la sección quinta se realizan experiencias de concentración en las partes doloridas.

—Desde el punto de vista fisiológico, no comprendo el objeto de las tres últimas secciones, tratándose del dolor material—indicó Reuben.

—Max quiere hacer un estudio completo—contestó sir Jorge—, y así, al estudiar la conciencia del dolor, considera los dos casos siguientes: el dolor sin conciencia del mismo; la conciencia del dolor sin que éste exista. Del primer caso tenemos un ejemplo en el individuo que operado sin anestesia, grita, gesticula, se revuelve contra los operadores,

y al recobrar el conocimiento o al volver a su estado normal, dice que no se ha enterado de nada—caso análogo al de la rana muerta—, que al ser excitada por la corriente eléctrica, da señales aparentes de dolor. El segundo caso corresponde a los hipnotizados y a los neurasténicos; manifiestan tener conciencia del dolor, y sin embargo, éste es imaginario.

—Y por lo que se refiere al miedo al dolor y a la concentración en el mismo, ¿qué influencia pueden tener en el padecimiento material?—preguntó Reuben.

—Max cree que la influencia es decisiva, y llega a decir que no existiendo el miedo y evitando la concentración de la mente en el órgano dolorido la mayor parte de los dolores materiales son despreciables. La historia nos cita ejemplos a millares de este hecho.

IV

Llegó Reuben a la ciudad y dirigió sus primeros pasos al laboratorio inmenso, esperanza cierta de la Humanidad en día no lejano. Pronto distinguió las grandes chimeneas que lanzaban al aire nubes de humo de vapores de todos los colores.

Dentro ya del establecimiento se percibían con toda claridad los estallidos secos, sincrónicos, de los motores de explosión, los resoplidos del vapor, el zumbido gruñón de los motores eléctricos, el barboteo de los líquidos hirvientes, el chirrido estremecedor de las sirenas, el chillido creciente y decreciente de las puestas en marcha y de las paradas.

Le indicaron la casa del director; un negrilla le abrió la puerta. Al poco rato entró Max; era un hombre chiquitito, rechoncho, mal encarado. Al ver a Reuben se acercó efusivo, intentando ¡vano empeño!, rodear con sus bracitos la recia musculatura de nuestro héroe.

—Sabía que veníais hoy, sé a lo que venís. Bunnell me lo ha escrito todo. Sentaos y charlemos—dijo Max.

Al poco rato entraron Wolf y Harrison, los célebres investigadores de las propiedades de los gases hilarantes y de la sustitución de los órganos enfermos del hombre. Reuben perteneció bien pronto a la nueva humanidad.

V

De lo que allí hablaron Max y Reuben, nada nos cuenta la historia, únicamente podemos decir que Reuben salió embriagado de placer, dispuesto a consagrar su ciencia, su vida, su alma entera en la ardua empresa por Max iniciada. ¿Consiguieron

Max y sus asociados el noble fin que se proponían? El tiempo nos lo dirá, y es de suponer que lo consiguieran, ya que no se trataba de ningún imposible, y, al parecer, dados los recursos con que contaban y el estado de la ciencia actual, lo que pretendían no era sumamente difícil.

VI

Al abrir la puerta, el negrilla enseñó a Reuben los dientes grandes y muy blancos—parecía un mono—. También el negrecillo tiene un alma creada a imagen y semejanza de Dios—pensaba nuestro héroe.

VII

Aquella noche Reuben soñó, y en sus sueños veía nubes de color de rosa y encima la carita del buen Max irradiando luz. Luego... los contornos se fueron definiendo; una gran planicie llena de gente—como un inmenso cuadro de escuela ultramodernista—, colores rarísimos, cielo ceniza violeta, vegetación fantástica, árboles amarillos, encarnados, frutos gigantescos, como grandes piedras preciosas, con todas las irisaciones de la luz, fosforescentes, con luz propia. Por los aires, pajarracos de oro y plata mezclados con amorcillos sonrosados, con alas de mariposa que lanzaban flores a los pastores y zagalas.

Todos querían conocer al hombre que hizo de aparecer el dolor de la tierra, y ebrios de alegría cantaban, saltaban y danzaban las danzas de Dionisos, del dios Pan, cogidos de la mano, formando coros y volutas caprichosas, al son de los rabeles y zampoñas. Algunos viejecillos, coronados de guirnalda de verde y rosa, también cantaban y bailaban y acompañaban con los panderos.

Por entre los amorcillos sonrosados apareció figura del buen Max, que todo azorado pretendía ocultarse, y ¡cosa rara!, le habían salido también dos alitas como de mica o celuloide. Volaba sin gracia, chapoteando por los aires. Al fin encontró una nube cenicienta muy gruesa y se ocultó detrás, pero al cabo de un rato tuvo curiosidad, y con su mano flacucha empezó a barrenar en la nube que se deshacía como el mazapán y abrió un boquete. Por el rasgoncillo apareció la cara de Max, sonreía beatíficamente, satisfecho de su obra... y también a veces en cuando dejaba escapar alguna lagrimilla. Luego se fué desvaneciendo, irradiaba luz... se convirtió en luz. Se veía el cielo. Y por el insignificante rasgoncillo que abría la mano flacucha del hombre chiquito y rechoncho, del multimillonario que se decidió en su carne de mártir todos los dolores para aliviar a sus hermanos, los rayos primeros del sol naciente penetraron E ILUMINARON LA FAZ DE LA TIERRA.

ANT. MAT.

UNA ALOCUCIÓN

He aquí la magnífica alocución que el General Ros de Olano, Comandante en Jefe del tercer Cuerpo de ejército, dirigió a sus tropas al desembarcar en Ceuta a fines de 1859:

«Ya pisamos el Africa.

«En las guerras de invasión las jornadas son la conquista, y la resistencia en las batallas son la victoria. Jamás un paso atrás, nunca demasiados pasos adelante, y siempre todos juntos. Recibamos a la caballería enemiga con la firmeza de una muralla que arroja fuego, para que huya, y respondamos con nuestras armas de precisión a una infantería que no sabe siquiera lo que es el cartucho.

«Andemos con paso lento y durmamos con sueño

ligero: lo primero para llegar descansados; y lo segundo para que al despertar sepa cada uno cuál es su puesto, su frente y su puntería.

«Perdónense a los vencidos, respétense a las mujeres, amparese a los niños, y no nos marchemos con la vileza de la destrucción y con la fealdad de tocar lo ajeno, para vencer de veras, así en Africa como en el mundo, hay que probar dos cosas: más valor y más generosidad que los contrarios. De esa manera, veo la campaña feliz en su principio y segura en su término; empezando estamos, que cada uno responda de sí mismo como yo respondo a todos.»





I

La verdad es que nuestros padres fueron unos héroes en aquella inmortal campaña sostenida contra los ejércitos del capitán del siglo; pero también lo es que se ha abusado mucho de tachar a nuestro generoso suelo de ingrato para con ellos. Yo puedo hablar de esto más alto que nadie, porque el mío fué una de las no pocas víctimas de esa supuesta ingratitud, y sin embargo, su memoria me lo perdona, no me cansaré de repetir que ellos y nadie más que ellos se tuvieron la culpa. Su error fué confundir la idea de patria con la personalidad de Fernando VII, y como se arraigó en sus almas de tal modo aquella involuación, murieron achacando a la noble España los pecados de un rey que no merecía los sacrificios que por él se hicieron.

Por muerte de nuestro anciano y virtuosísimo párroco, vino a ocupar el curato vacante de Val-sombreda un clérigo que, aunque de escasísimas luces y de menos letras todavía, no tardó en captarse la benevolencia de sus feligreses por el patriótico entusiasmo de que a todas horas hacía gala, mostrándose muy especialmente en el púlpito, donde se dejaba notar por una oratoria no muy bien avenida con los más rudimentarios preceptos retóricos, pero sí lo suficientemente fogosa para trocar a los mansísimos corderos de Cristo en denodados campeones de nuestra independencia.

Mi padre estaba dotado de la suficiente cultura y buen sentido para no entusiasmarse con la elocuencia de D. Fulgencio Berriz, o simplemente el padre Fulgencio, que tal era el nombre por que todos conocíamos al sacerdote; pero era lo bastante buen cazador para dejar de admirar aquel ojo certero que mandaba una bala donde quería, aquéllos

músculos de bronce para los que no había vericuetos inaccesibles y aquel estómago privilegiado que lo mismo se pasaba veinticuatro horas con una cebolla y un trago de agua, que resistía lonjas de tasajo y cuartillos de vino ni más ni menos que si se echaban a un pozo sin fondo.

Estas cualidades fueron las que sirvieron de mediadoras para que entre ambos se establecieran unas relaciones que las casi diarias partidas de caza llegaron a hacer tan estrechas, que en breve plazo ni uno ni otro tuvieron secreto que ocultarse ni culpa que se dejasen de contar. Mi padre, por consiguiente, hizo partícipe a su amigo de los escrúpulos que turbaban su conciencia por no haber tomado ya las armas contra el francés, y a su vez el clérigo no tardó en confesarle que tanto más le mordía el pecho la misma comezón, cuanto que sus instintos mejor le llevaban a las agitaciones de la guerra que no a la paz de un ministerio que por conveniencia y no por vocación había abrazado.

Resultado de insistir una vez y otra sobre tan discutido tema fué que una tarde, en que por faltalles las municiones daban la vuelta al pueblo más temprano que de ordinario, parándose el padre Fulgencio de pronto y volviéndose a su compañero, le dijo sin más preámbulos:

—¿Sabe V. qué le digo? Que las cosas se hacen y no se piensan. Una de dos, o estamos resueltos o no lo estamos. Si V. piensa seguir cuidando de sus gallinas, y yo he de estar toda mi vida echando bendiciones, excusamos quebrarnos los cascos. Pero si creemos que en otra parte hacemos más falta que aquí, no hay que olvidar que la ocasión la pintan calva y lo que se ha de hacer hoy, para mañana estarde.

Mi padre se le quedó mirando con cierto estupor, visto lo cual por el párroco, continuó:

ARMAS Y LETRAS

—No hay que forjarse ilusiones. Por el camino que vamos, ni V. pasará nunca de ser un hidalgo con tanta nobleza como poca hacienda, ni yo saldré de cura de misa y olla. Allá abajo ya es otra cosa: con un poco de osadía sabe Dios a dónde se llega. Sirviendo a la patria se puede uno servir a sí mismo, y con eso, de un tiro se matan dos pájaros. Así que lo dicho dicho y el jaco a la puerta. Tenga usted el suyo mañana al amanecer ensillado, y sin que la tierra lo sienta, dentro de poco estaremos tan hechos a matar franceses como hoy lo estamos a dar caza a las perdices y a los conejos de estos contornos.

No hicieron muy buen efecto a mi padre aquellas teorías un tanto egoístas, pero viniéndole a las mientes las reticencias que ya comenzaban a echarle en cara su culpable apatía, dió repentinamente de mano a sus escrúpulos, y como el que quiere no dejarse puerta por donde escapar, murmuró estrechando la mano del tonsurado:

—Vaya V. a buscarme mañana sin decir palabra a nadie, que no faltaré.

Al rayar el alba, por el camino que conduce a la vecina sierra marchaban a paso de andadura dos jinetes perfectamente municionados de armas y provisiones de boca. El uno se hacía notar por la extraña amalgama de sus arreos, en que el solideo y el alzacuello contrastaban con la canana y la forrajera. En el otro, el rasgo característico era que de trecho en trecho, parando su cuartago, volvía los ojos arrasados de lágrimas hacia el pueblo, como si en él se quedaran los pedazos más queridos de su corazón. Aquellos dos jinetes eran D. Fulgencio Berriz y mi padre.

No es mi ánimo, erigirme en cronista de la larga serie de gloriosos hechos que llevó a cabo la partida a que los dos prófugos de Valsombreda se incorporaron. Tanto mi padre como el clérigo se distinguieron bien pronto por su valor y pericia, si bien en el último a tales cualidades no tardó en hacer sombrá su natural levantisco y mal avenido con los rigores de la disciplina. Idea que no salía de su cerebro, si la ponía por obra era de mala gana, no perdiendo jamás ocasión de extralimitarse de las órdenes recibidas de sus jefes, y sobre todo poniendo particular empeño en hacer ver que el mal éxito de toda empresa consistía siempre en no haber seguido sus inspiraciones.

Mientras las cosas fueron bien, poco o ningún caso se hizo de semejantes manías, que por tales se disputaban las observaciones del clérigo; pero como de allí a poco el carro, según la expresión vulgar, comenzara a torcerse, se creyó llegado el momento de no tolerar imprudencias de nadie.

El caso fué que los franceses, comprendiendo que aquella guerra de partidas no podía dominarse, en los medios ordinarios, apelaron al recurso de los contra-guerrillas, y, como aun en los momentos de mayor grandeza de una nación no tan traidores y descontentos, repartiendo el oro en manos llenas y colmando de grados y beneficios a cuantos perdidos se les ofrecían, consiguieron en breve plazo tener a su servicio gente que, por su tan conocedora como nosotros del terreno, era tan difícil de sorprender y menos fácil de resistir.

Desde que los negocios tomaron tal giro, los planes más en absoluto se prohibió entre los defensores de la causa de la nación, fué la iniciativa particular del individuo valía ya menos que la obediencia colectiva, y como sólo una entereza extrema podía tener a raya a una tropa de suyo levantada y voluntariosa, se dictaron medidas de rigor que por lo apretado de las circunstancias disculpaba.

Al primero a quien se hizo saber este acuerdo, el bueno de D. Fulgencio, el cual de tan mal tal recibí el aviso, que mucho se temió mi padre, tiró un márgen a que se le escogiera para hacer ver que no sólo de amenazas se trataba. Por fortuna el rigor, aunque poniendo la cara aceda, contuvo el ímpetus, encerrándose en un silencio y en una actitud pasiva que hizo temer algún proyecto por su parte.

Tal sospecha no tardó en verse confirmada. El ver de que se sabía que los franceses estaban cerca y que de un momento a otro podrían romper se las hostilidades, una mañana el clérigo deaveció. Temeroso mi padre de que su falta fuese notada, se guardó muy mucho de hablar a nadie de su ausencia; pero viendo que el día se pasaba y su compañero no volvía, dióse a pensar que el intento de alguna descabellada hazaña le hubiese proporcionado una muerte más desesperada que la ordinaria.

Por fin no sucedió así. Cuando las primeras horas de la noche empezaban a envolver el pueblo, don Fulgencio entró en su alojamiento cubierto de polvo; y sin dar tiempo a mi padre a formular una más ligera pregunta, le invitó a que le siguiera a desván que tenía por dormitorio y a cuya puerta echó cautelosamente la llave.

—¿De qué se trata?—le preguntó mi padre.

—De poca cosa,—res—ondió el presbítero frotándose las manos.—Ya no es hora de andarnos por paños calientes. Aquí hemos venido para algo, algo ni viene ni vendrá. Entre decir una mala mi cuenta o disparar un fusil cuando al primer dam se le antoja para que otros medren y quede como estaba, casi estoy por decir que

engo a lo primero. Para no salir de capa rota bien
arse, está San Pedro en Roma. Hoy por hoy José I es
del rey de España que Fernando, y al que a buen
en el bol se arrima buena sombra le cobija.

—¿Qué quiere V. decir?—preguntó mi padre en
el colmo del estupor.

—Que con V. cuento. Lo que aquí nos niegan,
ieron otra parte nos lo dan con largueza. Mañana nos
pensamos al francés.

Al oír aquella proposición hecha a quemarropa,
padre no fué dueño de contener su ira; se puso
de un salto y se abalanzó con la presteza de
un tigre sobre D. Fulgencio. Este, viendo venir
a su adversario, quiso hacer uso del ancho
cuchillo de monte que llevaba pendiente de la cin-
extre, pero no tuvo tiempo. Antes de lograr sacarle de
vaina, estaba en el suelo sintiendo sobre su pecho
la presión de la rodilla de mi padre.

—Si no quiere V. que le aplaste como a un rep-
uerdo,—dijo este con voz convulsiva,—júreme V. por
las órdenes que para deshonorarlas ha recibido, de-
padre de su indigno propósito.

—Lo juro,—murmuró el clérigo, que se sentía
aflorar por momentos;—pero con dos mil de a ca-
ontuallo, afloje esa pierna que me pesa más que haber
en un montado con V. para nada de provecho.

En aquel punto dos recios golpes hicieron estre-
ecer la puerta del desvan. Mi padre, avergonzado

vez de haber puesto las manos en un hombre
tabante, aunque indigno de ellos, vestía los hábitos de
an roncote, se levantó de un salto, y cogiendo la
go de ave que había quedado sobre una mesa, abrió.

El recién venido, que era uno de nuestros com-
a natieros de armas, gritó desde el umbral:

—¿Están Vds. sordos? ¿No oyen los tambores que
aman a las filas? Los franceses están ahí. ¿Pero qué
ubies ablos hacen Vds.?

—Nada,—contestó mi padre, ajustándose la cana-
a.—Apostaba D. Fulgencio a que nadie le vencía,

le he probado que por esta vez mis puños son
más sólidos que los suyos.

El cura dejó escapar una especie de gruñido, se
compuso precipitadamente los desperfectos del tra-
y, como la fiera que acaba de convencerse de la
superioridad del domador, se dirigió al rincón
onde había dejado sus armas, mientras el interrup-
or bajaba a saltos la escalera encogiéndose de
ombros.

Cuando mi padre se vió sólo con el clérigo, le
dijo:

—No olvide V. lo que ha jurado.

—Jamás he olvidado un juramento,—respondió
on voz sorda.—Pero a su vez no eche V. en saco
oto que por estas cruces le juro también que, si la-

guna vez soy yo el que caiga encima, no seré tan ge-
neroso como lo ha sido V. ahora.

Media hora después estaban batiéndose. En ho-
nor de la verdad debo confesar que el tonsurado se



portó bien. El resentimiento que llevaba clavado en
el pecho lo pagaron aquellos de quienes pensaba
hacerse aliado.

Después del encuentro, que fué formidable, mi
padre no volvió a saber de él. Dándolo por muer-
to, lo perdonó sinceramente. Sólo al final de la cam-
paña supo que, incorporado a la partida que man-
daba el *Trapense*, había llegado a ser el segundo
de aquel guerrillero tan famoso por su arrojo y de-
nuevo como por su crueldad con los vencidos y
por la tolerancia con que dejaba que los suyos se
entregaran al más desenfundado pillaje.

Los invasores habían repasado los Pirineos. Las

águilas, cuyo vuelo no habían logrado abatir los ejércitos más poderosos de Europa, habían huído avergonzadas ante la constancia de los españoles. El mismo José, ya que no pudo sostener la vacilante corona en su cabeza, quiso salvar el rico botín que se llevaba; pero ni aún esto le fué dado. Los tesoros que con la prisa de la huida recogió en su corte, los tuvo que abandonar en los campos de Victoria.

Fernando, el *Deseado*, aquel rey cuyo nombre había servido de enseña en la gloriosa lucha, había vuelto a ocupar el trono de sus mayores; pero el primer acto de su poder fué galardonar al pueblo, que no había titubeado en derramar su sangre por él, de un modo bien extraño. La proscripción o la muerte eran el premio que recogían los más denodados campeones de aquella guerra sin ejemplo en la historia.

Una mañana, la plaza de la Cebada de Madrid ofrecía un espectáculo harto frecuente en aquellos días. Durante la noche se había levantado en su centro una horca. A ella no iba a subir ninguno de los muchos bandidos que infestaban la España entera. A quien estaba destinada era a un hombre honrado.

¿De qué delito se le acusaba? De uno gravísimo entonces. Un cobarde anónimo le había delatado

como *liberal*, y la comisión militar encargada de incoar su irrisorio proceso se había contentado con una sola prueba. Entre los papeles del acusado se había encontrado un ejemplar de la *Constitución*.

El que había desafiado cien veces la muerte sin temblar, ¿por qué había de temerla entonces? Mi padre, que no era otro el desventurado *reo*, llegó al suplicio con paso firme y seguro. Sin vanas ostentaciones de serenidad, su continente era grave y digno. Desde la salida de la cárcel de Corte no había levantado los ojos del crucifijo que llevaba entre las manos.

Sin embargo, al poner el pie en el primer escalón del patíbulo, un rugido de entusiasmo lanzado por la plebe que obstruía la plaza, le hizo levantar la cabeza. Por entre los apiñados grupos vió venir hacia él un jinete que ostentaba, sobre la ruda sotana que denotaba su condición de sacerdote, los galones de coronel de los ejércitos reales.

Cuando el extraño personaje llegó al lado de mi padre, se acercó a él y murmuró estas solas palabras a su oído:

—Ya ve V. que he sabido cumplir las dos partes de mi juramento.

Unos instantes después, de la horca pendía un cuerpo cubierto de gloriosas cicatrices.

ANTONIO J. LORENCIO

UNA ANÉCDOTA DE "EL EMPECINADO"

Al regresar Fernando VII a España, se presentó nuestro héroe a felicitarle. Miraba Juan Martín con sorpresa a los cortesanos y el monarca para desconcertar su ruda franqueza, le dijo sonriéndose con aire burlón:

—Estos son los grandes de mi Corte. Supongo que no conocerás a ninguno.

—Con efecto, señor—respondió el heroico militar con acento sereno:—a ninguno de estos señores conozco, porque no los he visto tomar parte en la campaña que felizmente ha terminado.

Para obsequiarle, dió una función en su honor la compañía del teatro del Príncipe, representando el drama de don Dionisio Solís *Misanthropía y arrepentimiento*.

Terminada la representación, el gran actor Isidoro Maiquez subió al palco donde estaba el famoso guerrillero, y le preguntó si le había gustado el drama.

—Sí—respondió Don Juan Martín—, he pasado muy bien el rato; aunque a decir verdad—Y me añadió volviéndose a sus oficiales y arrugando el ceño—son mejores otras funciones, como *Éxito del ave María, Carlos V sobre Túnez o Bernardo del Carpio*; porque... ¡caracoles! en esas comedias es donde se ve a los hombres de empuje.

Según el célebre orador y hombre político D. Salustiano Olózaga, la palabra *empecinado* fué sinónimo de gran patriota, de hombre dispuesto a sacrificarlo todo por la independencia y la libertad de España. Llamar a uno *empecinado*, era el mayor elogio que en el lenguaje de aquel tiempo se podía hacer del que más se distinguía en el servicio de la causa de la nación.

—Aquí todos somos *empecinados*, decían los habitantes de los pueblos que se negaban a capitular con los franceses.



(Continuación.)

Dormí mejor de lo que creí. Nadie me molestó, siquiera el ruido de la zambra gitana. Tengo, sí, una vaga idea de haber oído sonidos de panderetas e guitarras y de voces; pero como el murmullo del río, al quebrar la corriente en el malecón, apabataba todos los ecos, pasé la noche a placer.

Muy temprano dejé el escondrijo y salí a lavarme al río. Junto al molino de los gitanos había algunos de éstos, quienes tendidos en el suelo, liados en mantas, durmiendo la borrachera, y quienes de vez en cuando, sirviéndoles de trípode la vara y hablando alto pasándose una botella.

Viéronme y me llamaron.

—Venga osté, chavó—dijo uno de ellos—, y eche un trago a la salud de los novios. Le convida el padrino.

Y me alargó la botella de aguardiente, a la que oliqué los labios; pero al devolvérsela, siguió diciéndome:

—Este fué por los novios; ahora, otro traguito a la salud de la creatura.

—¿Tan pronto?—contesté inocentemente.

—Es un decir, camará; lo que ellos jisieron en esta noche. *Tottos, toos* estamos aquí esperando la *otista*.

No entendí lo que quería decir; pero, a fuer de secreto, libé otro trago infernal.

En esto vino la noticia que esperaban los gitanos.

Se abrió un ventanuco del molino, y la tía de la *espera* colgó de él una camisa de mujer, la de la *sposada*, con las pruebas de virginidad de la doncella perdida.

Los gitanos de afuera prorrumpieron en olés y alabanzas. Entonces apareció el novio en la puerta y todos le recibieron con los brazos abiertos, y el

primero su padrino. El mozo tomó un trago de aguardiente en la misma botella que yo antes, avanzó unos pasos, y de cara a la ventana, cantó con mucho sentimiento, señalando la prenda nupcial:

En un prado verde
tendí mi pañuelo;
¡cómo salieron, madre, tres rositas
como tres luceros!

IV

SIGUIENDO EL GUADALQUIVIR

Aquí empieza la tragedia—me dije cuando, pasada La Carrahola, eché a andar por la carretera de Sevilla—. ¿Qué será de tí, solo, errante y sin un cuarto para pan?

Pensé acortar camino y salir al reino de Murcia; pero al fin me encaré con la suerte. ¡Qué caracas! Como vi Córdoba, veré Sevilla, veré Granada; tres nombres sonoros que despiertan en la imaginación tropel de visiones luminosas y alegres. El español que no ha visto la Mezquita, la Giralda y la Alhambra es un español a medias.

¡Adelante y buen ánimo! Y emprendí la conquista de Sevilla, no precisamente a paso de vencedor; pero sí al lento y filósofo de peregrino; casi, casi, con el fervor del creyente que por primera vez va a la Meca.

Las chumberas de unas bardas me obsequiaron con sus hijos, y con esto me reanimé.

El paisaje es genuinamente andaluz. A la derecha mano, una larga línea de cercas que separan *suer-tes* o cuarteles de dehesas, pero no tan altas aquéllas que no dejen ver las manadas de potros galopando con la crin al viento, y tal cual vaquero con amari-

ARMAS Y LETRAS

llos zanjones y pica muy larga, cuidando el ganado circense. En el fondo, casi siempre en una altura, la casa del cortijo, siempre blanca por el revoque que le dan todos los años. Es la región de la pradera con pocos árboles, pero con peste de pastores, de perros y de langosta.

La dehesa señorial lo invade todo. Redujo a pasto alguna labor de pobres colonos cortijeros, y hace del trayecto una carretera de obstáculos, con setos y vallas, cotos y vedados.

Cuando más descuidado anda uno, tropieza con *guardas del verde*, así llamados porque guardan las dehesas en la época de los pastos. Los tales son los reyezuelos del campo. Mientras dura la temporada del verde, sacan lo que quieren de colonos y aparceros, amenazándoles con multas y denuncias, y molestan a todo bicho viviente.

Para librarme de ellos no tuve más remedio que dejar el campo y tomar la carretera, alimentándome de pan y de higos chumbos.

A las seis leguas llegué a *Posadas*, en una llanura estrecha, pero agradable, entre las faldas meridionales de la sierra y la derecha orilla del Guadalquivir.

Lo que más sorprendente en esta ruta es las pocas casas que se ven; tal cual cortijo, y gracias. ¡Quién diría que en estos parajes pusieron los poetas los Campos Elíseos, y que si el Betis fué bautizado con este nombre, fué a causa de los muchos caseríos que a un lado y otro de él resplandecían! (1).

Otro día crucé las soledades de Hornachuelos; pasé la junta del Genil con el Guadalquivir en *Palma del Río*, y a la caída de la tarde di vista a *Peñaflores*, población sita en un llano cuajado de palmitos y olivares.

Derregado y hambriento, torcí a un lado del camino a descansar en un monte de olivos, lugar que, por la disposición de ánimo con que a él llegué, tengo apuntado en mi itinerario con el nombre de *monte Olivete*. Sentí triste mi alma y, como Jesús, pedí al Padre apartara el cáliz de amargura.

Entonces se apareció un ángel a consolarme; claro está que no de veras, sino un arcángel patudo, con rojo ceñidor, cuchillo al cinto y escopeta en bandolera. Yo me asusté creyendo habérmelas con un guarda del verde u otro sayón de esa ralea de los que no dejan en paz a los pobrecitos vagos.

—Es usted el hombre que buscaba—díjome sin más preámbulos—. Végase conmigo, que no le pesará.

Me parecieron tan bien la llaneza y el buen hu-

mor de aquel hombre, que me incorporé dispuesto a obedecerle. Sin embargo, por un resto de escamaba hube de preguntarle:

—¿Puedo saber adónde me lleva usted?

—Cualquiera diría que yo soy el secuestrador, usted el príncipe secuestrado, que pregunta adónde le llevan. ¿Que adónde? Pues, a trabajar.

—Hombre, no sé si podré, porque estoy desfallecido y cansado de tantos días de camino.

—Pues sí podrá usted, porque es faena de niños y mujeres. En estos olivares están cogiendo la aceituna y hacen falta braceros. Trabajando de sol a sol le pagarán seis reales, o si no, a realito por hora. Pero en poniéndose el sol, la olla se sale de madre dos platos fuertes, una ensalada y vino, y música final con guitarras y panderetas.

Tan alegre programa me animó. No pensé en trabajo preliminar de la bucólica, sino en las sabrosas ollas. Lo de menos eran los seis reales. En eso salimos a una plana sembrada de olivos. Una docena de personas, gente moza toda ella, estaban trabajando los árboles, mientras unas cuantas mujeres con pantalones a lo hombruno, recogían las aceitunas en mantas. No se veía una cara triste; el que cantaba, reía o se divertía a costa del prójimo.

La presencia de un extraño alborotó el cotarro; todos la tomaron conmigo, como se verá.

—A la buena de Dios—dijo el guarda saliendo ruedo y presentándose—, *zeñío* Manuel, aquí traigo un forastero que quiere trabajar.

—¡Jesús, Dios mío!—exclamó a esta sazón una de las mujeres embragadas—. Valiente ayuda me trae usted. Pero si este hombre parece talmente Cristo desclavado.

Rieron todos, y yo también tan donosa compañía. Tan donosa como gráfica; porque, vamos a ver, ¿a quién había de parecerme yo, roto, musado y alicaído más que a un Cristo desclavado?

—Pues, no, señor—añadió otra—; a quien se le parece es a un maestro de escuela.

Otro mote muy oportuno, ya que mis greñas los lentes ahumados que tenía puestos para defenderme del sol y del polvo harían de mí el trasunto vivo del domine Cabra.

—Ea, urracas, cállense y al avío—repuso en voz el señor Manuel, que sería el capataz—. Buen hombre—siguió diciendo—, venga, que le daré un trabajo bajo.

Trabajo fácil y poco penoso: ir recogiendo la aceituna de las mantas y apilarla en montones; tal que preferí a la otra, de apalea los árboles sin compasión, haciendo saltar hojas y fruto. Es una penosa rutina que mata muchos olivares, pero yo guardé bien de decirlo al capataz, no fuese que

(1) *Betis y Beth*, en hebreo, es lo mismo que casa.

hiciera encaramar a las ramas y *ordeñar* las olivas, como así se llama el cogerlas en el árbol.

En un par de horas me gané dos reales, e hice mérito para meter cuchara en las sabrosas ollas. Los jornaleros después de cenar armaron un baile al son de las guitarras. Como la alegría es contagiosa, yo jaleé un tantico a los bailadores, y aun faltó poco para que saliera por perteneras. Pero senti sueño y me retiré a dormir a un cobertizo.

Al otro día tuve una ocupación más apropiada a mi gusto. El capataz hubo de ir con los carros al molino y me encomendó la apuntación de cargas y jornales, pues por lo visto ninguno de mis compañeros sabía de números.

Pasé la jornada sentado como un patriarca del Betis, pesando y apuntando arrobas y oyendo los decires de los cargadores, que ya no se metían conmigo, o porque se acostumbraban a mi pinta o porque me veían ascendido en categoría. Ni faltaron de noche las regaladas ollas y el *lora* de la tierra, un vinillo endeble que alegra la pajarrilla sin alborotarla.

A los dos días de un régimen así me sentí otro hombre. Cobré fuerzas y, más que todo, gran exaltación de ánimo, con ese goce de la vida que se respira en los pagos andaluces.

El tercer día fué el último. Se acabó la recolección y el capataz me ajustó la cuenta. Doce reales me correspondían por dos días de jornal y una parte por dos horas sueltas en la primera tarde; pero él me dió un duro en una pieza, que a mi me pareció un sol, ¡tanto era el tiempo que hacía que no veía ninguno!

* * *

Con este duro me lancé al asalto de Sevilla. Bien poco dinero era para tan gran ciudad; mas el cielo, que estaba en vena de ayudarme, lo arregló mejor. El lance fué en Mairena, pueblo pequeño, pero que suena mucho en Andalucía por la gran feria de ganados que en su tablada se celebra, allá en el mes de Abril.

El mismo día que arribé a la población había hecho su entrada, en visita pastoral, el señor Arzobispo de Sevilla. Las calles estaban enarenadas y los balcones con percalinas y banderas. A cosa de media tarde vi las madres llevando sus críos a la iglesia, a que el prelado les diera la cachetina de la Confirmación, y yo me fui con ellas. Allé al Arzobispo de mitra y báculo en un sillón del presbiterio, y tres o cuatro acólitos que hacían desfilar los niños en orden. Como algunos de los infantes eran muy tiernos todavía, las madres cargaban con ellos y se los presentaban al Arzobispo. El buen señor,

complaciente, administraba el sacramento al uno y bendecía a la otra.

La ceremonia fué breve por ser pocos los confirmados. El Arzobispo se desvestió al pie del altar, y



a lo que comprendí por la gente que esperaba en la plaza, se disponía a ir a la casa del cura, donde había recepción de despedida.

Tuve una inspiración y fui derecho al estanco. Pedí un pliego de papel y un sobre, y haciendo memoria de aquellas palabras de Cicerón que «En ninguna cosa se parecen más los hombres a los dioses, que en hacer bien a sus semejantes», escribí en letra grande que llenaba media página, y poniendo todos los pelos y señales: *Homines ad Deos nulla propius accedunt, quam salutem hominibus dando*. Firmé: *Pauper viator*, y puse en la nema: *Venerabili Archiepiscopo Hispalensi*. Y feché: *VIII idus Augusti*, porque estábamos a 6 de Agosto.

Como no había tiempo que perder, me eché afuera a tiempo que la comitiva cruzaba la plaza en dirección a la rectoral. Ni corto ni perezoso, me acerqué al más joven de los familiares y le entregué mi misiva.

Esperando la contestación, hice tiempo en una taberna vecina. A la hora u hora y media oí repique de campanas y una música, precedida de un colegio



de niños, que iba a acompañar al Arzobispo a la estación. Eché otro trago para cobrar valor, y fui en derechura a la rectoral. Subí la escalera, y a la entrada vi, entre otras personas de poco fuste, a mi curita, el familiar.

—Buenas tardes—le dije sombrero en mano—: ¿hubo novedad?

—Y muy agradable—me contestó sonriendo—. Entre tantos memoriales que aquí llovieron, el único que mi señor se dignó abrir y proveer por sí mismo

fué el de usted. A los demás recurrirá el cura las limosnas que deja monseñor; pero al *pauviator* quiso el *Archiepiscopus hispalensis* dárle con este donativo que ahí le entrego.

Y me devolvió mi sobre, pero doblado y con peso, como que al tacto conocí iban dentro monedas de cinco pesetas. No me pareció abrirlo allí; di las gracias al familiar, y me retiré.

Ya en la puerta, curioseé la entrega y vi, efectivamente, dos relucientes duros envueltos en el mi papel que escribí, manera muy delicada de contar un memorial, y acompañando la dádiva este tógrafo del señor Arzobispo al pie de mis renglones: *Non mores, sed hominem, commiseratus sum Marcellus.*

A fuerza de hombre de ingenio y de buen lazo, el señor Arzobispo me devolvía mi cita ciceroniana con otra de Laercio, que en buen romance viene a decir: «Haz bien y no mires a quién.»

Haciendo votos por la salud del señor Arzobispo, dejé Mairena, pueblo del que bien puedo decir si no vi la feria, lo tengo apuntado en la feria de mis aventuras.

LIBRO QUINTO

MI SEMANA SANTA EN SEVILLA

I

AL PIE DE LA GIRALDA

Pasada Itálica famosa, comienza a dibujarse en el fondo del paisaje el perfil de la Giralda, destacándose en la vacuidad del cielo como una torre de marfil.

Insensiblemente se va borrando la vaguedad de las líneas, y la blanca torre se muestra rosada, toda la esbeltez de su airosa fábrica, que como una Fama de bronce con el lábaro desplegado, aparece en manera de *palladium* de la ciudad. La aparición de la Giralda, en una mañana de asombrosa luz plácida, es de inolvidable efecto para el peregrino que entra a pie en la ciudad.

Sevilla está ya muy cerca; pero la ocultan las boledas del camino. Al fin se la descubre, como una enorme mancha blanca, en la amplitud de la llanura.

Aquí, como en Córdoba, el sol, implacable, baña todo, y la vida se concentra en las casas, en los patios, deliciosas moradas que uno ve con entusiasmo desde la sartén de la calle. Sigue siendo árido el plano de la ciudad; pero del compacto bloque de calles y callejas llega al extrarradio el flujo y reflujo de la vida de urbe rica y populosa.

(Continuará)